

Capítulo 14-La enseñanza de la Verdad

Introducción:

El Capítulo 14 es como un soplo de aire fresco después del énfasis casi implacable del Capítulo 13 en la culpa, trayendo, para recordar otra analogía musical, esta vez la Cuarta Sinfonía de Beethoven. Este hermoso

trabajo fue compuesto entre los titanes sinfónicos, la Tercera (Eroica) y la

Quinta, lo que provocó que el compositor del siglo XIX Robert Schumann a

describirla como "una esbelta doncella Griega entre dos dioses Nórdicos".

La descripción también es apta para nuestra sinfonía, dados los intensos e

intensivos tratamientos de la culpa y las relaciones especiales que se encuentran en los Capítulos 13 y 15, poniendo entre corchetes los temas

más suaves que se entrelazan a lo largo de nuestra discusión: 1) enseñanza y

aprendizaje, una continuación del énfasis del Capítulo 12 en la importancia

de aprender de nuestro Maestro interno; 2) mirar al ego con el Espíritu Santo, principalmente en la forma de llevar las tinieblas del ego a Su luz; y

3) el tema central del Curso sobre el perdón. Hemos observado cómo el

idioma del texto se vuelve cada vez más hermoso a medida que avanzamos,

y esto continúa en el Capítulo 14 en la maravillosa combinación de forma y

contenido. De hecho, el contenido del mensaje en sí se vuelve más profundo a medida que él y su lenguaje nos llevan a niveles cada vez más

altos de aprendizaje y experiencia.

Como hemos visto antes, para comprender la respuesta del Espíritu Santo

para el ego – llevar la oscuridad de la ilusión a la luz de la verdad – requiere

saber cuál es la respuesta; es decir, el ego primero disoció (o escindió) la ilusión de la verdad. A su vez, esto no tiene sentido si primero no reconocemos cómo la disociación es una defensa del ego contra el mensaje de la Expiación, lo que nos hace olvidar la luz del perdón e identificarnos con la oscuridad de la culpa. Comenzamos, como hacemos con frecuencia, mirando el más-que-familiar principio de la Expiación. El principio de Expiación. La Expiación, simplemente expresada, es que la separación de Dios nunca sucedió. Esta es la respuesta del Espíritu Santo a la solicitud del Hijo de Su interpretación de la diminuta y alocada idea de que podríamos estar separados de nuestra Fuente. Su tranquila respuesta es la dulce sonrisa que dice que nada ha cambiado el perfecto amor: "... no se perdió ni una sola nota del himno Celestial".

(III.15:1-4) No intentes tasar el valor del Hijo de Dios que Él creó santo, pues hacer eso es evaluar a su Padre y juzgar contra Él. Y no podrás sino sentirte culpable por este crimen imaginario, que nadie en este mundo ni en el Cielo podría cometer. El Espíritu Santo sólo enseña que el "pecado" de instaurar un falso ser en el trono de Dios no debe ser motivo de culpabilidad. Lo que no puede suceder no puede tener efectos terribles.

Así, el Espíritu Santo devuelve a la nada a la trinidad impía de pecado, culpa y miedo del ego. Nuestro juicio equivocado acerca del Hijo de Dios se basó en la loca creencia de que, de hecho, habíamos reemplazado a Dios en el trono de la creación, negando al Padre y al Hijo, sustituyendo Su lugar por el mundo irreal de la falsa creación del ego. ¡Qué contentos y agradecidos estamos de habernos equivocado! No pasó nada y nada cambió la realidad, porque permanecemos para siempre tal como Dios nos creó.

(III.15:5-8) Descansa tranquilamente en la fe que has depositado en Aquel que te ama y que desea liberarte de la locura. Puede que lo que hayas elegido sea la demencia, mas la demencia no es tu realidad. Nunca te olvides del Amor de Dios, Quien se ha acordado de ti. Pues es absolutamente imposible que Él jamás hubiese permitido que Su Hijo dejará de formar parte de la amorosa Mente en la que fue creado, y donde se fijó su morada en perfecta paz para siempre.

Somos libres dentro del sueño para creer el loco pensamiento de que, de

hecho, podríamos estar separados de nuestra Fuente, pero esta locura no

tiene ningún efecto sobre la verdad de que seguimos siendo una parte indivisible de Dios. Jesús aquí nos presenta la respuesta del Espíritu Santo a

la pregunta del Hijo de Dios: "¿Es verdad la diminuta y alocada idea?" Sus

tranquilas palabras son muy reconfortantes: "¿Cómo podría una parte del

Creador estar separada de Él y de Su morada de Amor perfecto y paz eterna?

(IX.3:8-9) Dios no ha abandonado Su altar, aunque Sus devotos hayan entronado a otros dioses en él. El templo sigue siendo santo, pues la Presencia que mora dentro de él es la Santidad.

Esta es otra referencia al primer Mandamiento (Éxodo 20:3), "No tendrás

dioses ajenos delante de mí", discutido en el Capítulo 10. La amorosa respuesta de Jesús es que no podemos anteponer otros dioses a Dios porque

no hay otros dioses. Dios es, y no hay nada más que Su Unidad viviente y

amorosa. El sueño de los ídolos sigue siendo un sueño sin efecto sobre la

realidad; la Santidad de Dios y de Cristo no puede ser manchada por las

ilusiones.

(VII.3:5-6) Para Dios, no saber es algo imposible. No saber, por lo tanto, no es un punto de vista, sino simplemente una creencia en algo que no existe.

"No saber" se refiere al sistema de pensamiento del ego. El conocimiento en

Un Curso de Milagros se equipara con el Cielo, ya que su opuesto es la negación de la verdad o el no-saber. Decir que "no saber es algo imposible"

engendra un gran temor en el ego porque es la respuesta del Espíritu Santo

a la pregunta de cómo jamás pudimos creer en un sistema de pensamiento

tan loco. Para reafirmar Su gentil respuesta: "El ego es una ilusión, por lo

que la idea de que la separación podría ocurrir es imposible". Esta declaración de la Expiación niega que cualquier cosa que no sea de Dios -

es decir, nuestro yo separado - sea real, lo que significa que los egos no existen.

(VII.3:7) Lo único que les ocurre a los que no saben es que abrigan esa creencia, y debido a ello, se equivocan con respecto a sí mismos.

Dentro del sueño somos libres de creer mentiras sobre nosotros mismos,

pero esa libertad no nos da el poder para hacerlas realidad. El ego no es un

punto de vista en absoluto, sino simplemente un pensamiento inexistente.

En respuesta a este principio de la Expiación, el ego diseña su plan que nos

devuelve a un término que hemos mencionado antes: disociación, la cual se

puede ver en la división entre los cuadros de la mentalidad errada y correcta

del gráfico (ver Apéndice). Una vez que el Hijo ha elegido el pensamiento

de la separación, se convierte en el ego y asegurándose de que nunca cambiará su mente y elegirá la luz al separarse de las tinieblas. Esto es representado por la línea de puntos que divide la mente. Parece, entonces,

que la oscuridad y la luz coexisten porque solo prestamos atención a la oscuridad, y la luz disociada yace enterrada en la mente, aparentemente

para siempre. El ego no puede borrar la luz, pero tiene el poder de hacernos

olvidarla. La culpa hace que esto sea posible, como vimos en el Capítulo

13, al hacernos fabricar el mundo como una defensa secundaria: la oscuridad del mundo que oculta la oscuridad de la culpa en la mente errada,

que a su vez, oculta la luz de la Expiación en la mente correcta.

El miedo del ego a la Expiación – La disociación.

(VII.4:3-4) La disociación es un proceso de pensamiento distorsionado, en el que se abrigan dos sistemas de creencias que no pueden coexistir.

Si se pone uno al lado del otro, resulta imposible aceptarlos a los dos.

Si te encuentras en una habitación oscura y enciendes la luz, la oscuridad

desaparece, lo que refleja el mismo principio de la línea bíblica antes mencionada, "... el perfecto amor echa fuera el temor" (1 Juan 4:18).

En

presencia del amor, la luz y Dios, el miedo, la oscuridad y el ego no pueden

coexistir. Por eso el ego teme tan desesperadamente que elijamos al Espíritu

Santo y, por lo tanto, a través de la disociación, trata resuelta-mente de

mantener unidas a la oscuridad y la luz. Sus pasos ahora familiares son establecer la culpa como real – el pecado de la oscuridad es un hecho – y

luego hacer que el mundo nos saque aún más de nuestras mentes, literal y

figuradamente.

(VII.4:5-6) Pero si uno de ellos se mantiene oculto del otro, su separación parece mantenerlos vigentes a los dos y hace que parezcan ser igualmente reales. Poner uno al lado del otro, por lo tanto, se convierte en motivo de miedo, pues si haces eso, no podrás por menos que dejar de aceptar uno de ellos.

Si volvemos a la parte tomadora de decisiones de nuestra mente y elegimos

al Espíritu Santo, el ego desaparecerá, ya que su existencia se basa únicamente en nuestra creencia en él. Si esa creencia cambia, el ego se

marcha; sin embargo, siempre y cuando nos identifiquemos con él,

creeremos que, si elegimos al Espíritu Santo, desapareceremos. El ego, por lo tanto, forja un compromiso en el que ambos existen en la mente, aunque separados al haberlos disociado.

(VII.4:9-10) Ponlos uno al lado del otro, y su absoluta incompatibilidad resultará evidente de inmediato. Uno de ellos tiene que desaparecer porque el otro se ve en el mismo lugar.

Cuando mantenemos el ego separado del Espíritu Santo, creemos en la realidad de la separación y en la del mundo que surgió de ella, mientras que

el mundo interior del perdón y la Expiación, sin mencionar el Cielo mismo,

se ven como ilusiones. La creencia no establece la realidad, pero determina

lo que creemos que la realidad es.

(VII.4:9-10) Ponlos uno al lado del otro, y su absoluta incompatibilidad resultará evidente de inmediato. Uno de ellos tiene que desaparecer porque el otro se ve en el mismo lugar.

El "mismo lugar" es la mente, la cual no es capaz de mantener simultáneamente la luz y la oscuridad en la conciencia. Puede retenerlas a

ambas dentro de sí, sólo si están escindidas o disociadas; en otras palabras,

si no somos conscientes de que ambas existen. Todo lo que hace el ego en el

universo físico tiene como único propósito mantener la oscuridad alejada de

la luz, la cual simplemente brillaría. Dado que esto puede ocurrir sólo en la

mente tomadora de decisiones, mientras permanezcamos sin mente, viviendo como cuerpos gobernados por un cerebro, el ego está a salvo de

todo deshacimiento.

(IV.10:1-2) Los culpables y los inocentes son totalmente incapaces de entenderse entre sí. Cada uno percibe al otro diferente de cómo se percibe a sí mismo, lo cual impide que pueda haber comunicación entre ellos, pues cada uno ve al otro de modo distinto de como se ve a sí mismo.

Si somos culpables, proyectamos nuestra culpa en los demás, viéndolos de la misma manera (aunque creamos conscientemente que somos inocentes, habiéndonos engañado a nosotros mismos pensando que les hemos dado nuestra culpa). Del mismo modo, cuando recordamos nuestra verdadera inocencia, no podemos dejar de ver a los demás como inocentes también.

La proyección (y la extensión) dan lugar a la percepción. La comunicación entre ellos, entonces, es imposible, porque la inocencia y la culpa son pensa-mientos mutuamente excluyentes y no pueden encontrarse, y mucho menos convivir en la conciencia. Se mantienen separados por la disociación, cumpliendo el objetivo del ego de protegerse a sí mismo de la

Expiación. La comunicación, como hemos visto, es un tema destacado en el

texto y será incluso articulado con más fuerza en el Capítulo 15. (IV.10:3) Dios sólo se puede comunicar con el Espíritu Santo en tu mente porque sólo Él comparte el conocimiento de lo que tú eres con Dios.

El miedo del ego es que recordemos nuestra Identidad como el Hijo de Dios. Intenta cortar la comuni-cación que es únicamente entre la mentecorrecta y el espíritu. El ego nos hace creer que podemos comunicarnos a

través de cuerpos, verbal y no-verbalmente, pero esto no es comunicación

porque ocurre entre entidades, las cuales excluyen cualquier unión verdadera.

(IV.10:4-7) Y sólo el Espíritu Santo puede contestarle a Dios por ti porque sólo Él sabe lo que es Dios. Todo lo demás que has puesto dentro de tu mente no existe, pues lo que no está en comuni-cación con

la Mente de Dios jamás ha existido. La comunicación con Dios es vida. Sin ella nada puede existir en absoluto.

Esto esboza la importante declaración de "Las leyes del caos": "Fuera del

Cielo no hay vida" (T-23.II.19:1). La verdadera comunicación es vida y ésta le pertenece solo al espíritu. Cuando el ego rompe la comunicación con el Espíritu Santo a través de la disociación, refuerza su elección por la muerte. Nos hace fabricar un mundo y un cuerpo para expresar esta elección, asegurándose de que nunca conoceremos la vida. Lo que el ego llama vida no es más que una "parodia" de la creación de Dios (ver T-24.VII.1:11; 10:9), como lo es el amor que buscamos a través de la especialismo. (I.3:1) La vista se dirige siempre hacia el exterior. Esto reafirma el principio, la proyección da lugar a la percepción. Primero miramos dentro – la culpa del ego o la Expiación del Espíritu Santo – y luego proyectamos o extendemos lo que hemos hecho realidad por dentro, viéndolo en el mundo y pensando que realmente está allí. (I.3:2-5) Si no tuvieses más pensamientos que los tuyos propios [es decir, el ego], el sistema de pensamiento que engendraste sería eternamente tenebroso. Los pensamientos que la mente del Hijo de Dios proyecta o extiende disponen de todo el poder que él les confiere. Los pensamientos que comparte con Dios están más allá de sus creencias, pero los que concibió por su cuenta son sus propias creencias. Y son éstas, y no la verdad, las que él ha elegido defender y amar. La creencia es una función del ego. En este sentido, no hay creencias en el Cielo, solo conocimiento. La creencia en la realidad de la separación se sustenta en la creencia en la culpa, defendida por la creencia en la realidad del mundo físico, el cuerpo y nuestras experiencias aquí – todo parte de la estrategia del ego para protegernos de que la mente elija la luz en lugar de la oscuridad. Habiéndonos identificado con este propósito de la autopreservación (ego), nuestras mentes continúan defendiendo la creencia en la separación y la individualidad apreciando la relación especial, creyendo que

es la salvación. Al hacerlo, la verdad de nuestra relación real con Dios se mantiene oculta.

(1.3:6-7) Al Hijo de Dios no se le despojará de sus creencias [y pensamientos]. Pero él puede renunciar a ellas, pues la Fuente para desvanecerlas mora en él.

Para resumir, el gran temor del ego es que podamos renunciar a nuestra creencia en él a través del poder de la mente tomadora de decisiones. Para

ver que esto nunca suceda, el ego recurre a la disociación, separando la

oscuridad de la luz. Nos hace creer que nuestra única realidad es la creencia

tenebrosa en el pecado, la culpa y el miedo, y nos enseña a defendernos del

miedo, inventando un mundo y un cuerpo en el que escondernos. Así es

como el ego intenta alejarnos del Espíritu Santo, la Fuente del deshacimiento del ego.

El Espíritu Santo no viola la libertad de nuestra mente para elegir, y como

continuamente elegimos vivir en un mundo de tinieblas, con el sufrimiento

que es su efecto inevitable, espera pacientemente hasta que digamos: "Tiene

que haber otra manera, otro Maestro que no sea el ego, Quien sea la Fuente

del pensamiento". Esto conduce al siguiente tema importante de enseñanza

y aprendizaje. Jesús ya nos ha mostrado la importancia de reconocer lo poco que entendemos, y cómo el ego, la confianza del yo en sí mismo, es

un maestro tan mediocre. Nos trae dolor, aunque repetidamente nos dice

que sus relaciones especiales nos traerán felicidad y alivio del dolor.

Ahora

veremos con qué frecuencia Jesús nos dice cuánto no sabemos, y cuán importante es para nosotros dejar ir el ego y elegirlo a él o al Espíritu Santo

como nuestro Maestro.

Enseñanza y aprendizaje.

(In.1:1-2) Sí, en verdad eres bendito. Mas en este mundo no te das cuenta de ello.

Somos benditos como espíritu, del cual el Espíritu Santo es el recuerdo en

nuestra mente. Dado que el ego fabricó el mundo y el cuerpo para mantenernos en un estado perpetuo de olvido, no conocemos nuestra verdadera bienaventuranza como Hijo de Dios. La miseria de ser hijos del

"mal, de las tinieblas y del pecado" (L-pl.93.1:1) se ha convertido en cambio, en nuestro yo percibido.

(In.1:3-5) No obstante, tienes los medios para aprender que lo eres y verlo claramente. El Espíritu Santo usa la lógica con tanta facilidad y eficacia como lo hace el ego, salvo que Sus conclusiones no son dementes. Éstas toman una dirección diametralmente opuesta y apuntan tan claramente hacia el Cielo como el ego apunta hacia las tinieblas y la muerte.

Los medios para aprender que somos benditos residen en nuestras mentes,

las cuales tienen el poder de elegir al Espíritu Santo como nuestro Maestro.

Él "usa la lógica con tanta facilidad y eficacia como lo hace el ego", mientras que nuestro falso maestro usa su lógica (de la culpa) para mantenernos alejados de la mente correcta, el hogar del Espíritu Santo. Al

hacerlo, el ego nos urge a relacionarnos, como cuerpos, con el Espíritu Santo en el mundo. Una vez que lo hacemos, no hay forma de que Él pueda

ayudarnos a recordar que solo somos mentes, el peor miedo del ego y el por

qué usa la defensa de la relación especial. La oscuridad de la muerte parece

entonces ser la única realidad, al mismo tiempo que el amor del Cielo se ha

convertido en un sueño.

(In.1:6-7) Hemos examinado gran parte de la lógica del ego y hemos visto sus conclusiones lógicas. Y habiéndolas visto, nos hemos dado cuenta de que tales conclusiones no se pueden ver excepto en ilusiones,

pues sólo ahí parece verse claramente su aparente claridad.
El aparato sensorial y los cerebros de nuestros cuerpos que interpretan los
datos sensoriales parecen proporcionar claridad al loco mundo de la culpa,
las conclusiones lógicas a la lógica del ego, de modo que realmente creemos que vemos algo en el mundo y que podemos encontrarle sentido.
Por ejemplo, creemos que entendemos nuestras motivaciones y las de otras
personas, sin embargo, Jesús continuamente nos recuerda que no podemos
entender nada porque empleamos dispositivos – el cuerpo, el cerebro y su
uso de la memoria – que están específicamente diseñados para evitar que
entendamos. El verdadero entendi-miento, nos dice, viene al regresar la
atención a la mente: la fuente del problema (nuestra elección equivocada), y
también la respuesta (nuestra elección corregida). Nuestro maestro nos
suplica:
(In.1:8) Démosle la espalda ahora y sigamos la simple lógica que el Espíritu Santo utiliza para enseñar las sencillas conclusiones que hablan en favor de la verdad y sólo de la verdad.
Podemos decir que el principal desafío de Jesús como nuestro maestro es
convencernos de que no entendemos nada de nada, y que cuando buscamos
comprender Un Curso de Milagros a través de los ojos dualistas del ego,
tampoco entenderemos nada. El Curso terminaría entonces como una defensa más que el ego usa en su arsenal contra la elección de Dios de nuestra mente. Jesús tiene como objetivo convencernos de que, si realmente
queremos aprender de él, tenemos que abandonar la lógica del ego de culpa
y proyección, y elegir su simple milagro junto con sus simples extensiones

de la verdad del perdón.

(I.1:1) Si eres bendito y no lo sabes, necesitas aprender que ciertamente lo eres.

No somos benditos como individuos, ni los santos Hijos de Dios en el cuerpo, sino como mentes que han elegido un Maestro Que nos recuerda

nuestra Identidad como Cristo, nuestra verdadera bienaventuranza.

(I.1:2) El conocimiento no es algo que se pueda enseñar, pero sus condiciones se tienen que adquirir, pues eso fue lo que desechaste. No se nos puede enseñar lo que somos, pero podemos aprender a deshacer

los obstáculos a adquirir el recuerdo de sus condiciones: aceptando la Expiación que enseña que la separación nunca ocurrió. Dado que es casi

imposible aprender directamente del Espíritu Santo o de nuestro Ser porque

el miedo a perder nuestra identidad separada es demasiado grande, necesitamos evidencia indirecta de nuestro estado no separado a través de

los reflejos cotidianos del principio de la Expiación, perdonando nuestras

relaciones especiales.

Para reiterar este importante punto, nos aterroriza el Amor de Dios y la Expiación que refleja Su Unidad inmutable, ya que esto significa que nuestro yo individual y especial es una ilusión. Por tanto, debemos aprender

a elegir la Expiación de alguna manera que disminuya nuestro miedo.

Estas

maneras constituyen el aula de relaciones del Espíritu Santo, en la que un

cuerpo parece interactuar con otro. En verdad, todo aprendizaje ocurre en la

mente donde interactuamos con nosotros mismos, sin embargo, dado que

estamos convencidos de que nuestra destrucción yace allí – razón por la

cual el cuerpo fue hecho para mantenernos sin mente – necesitamos aprender a través de medios indirectos la lección de que no estamos separados. Esta es la salvación que nos ofrece el perdón:

(I.1:7-2:1) Si perdonas completamente es porque has abandonado la culpabilidad, al haber aceptado la Expiación y haberte dado cuenta de que eres inocente. ¿Cómo ibas a percatarte de lo que se ha hecho por ti,

sin tú saberlo, a menos que hicieses lo que no podrías sino hacer si se hubiese hecho por ti?

En un mundo nacido de la negación y carente de dirección se necesitan

pruebas indirectas de la verdad.

Fabricamos el cuerpo para negar nuestra culpa, tal como se inventó la culpa

para negar la Expiación. Estamos tan identificados con la culpa y los cuerpos que decir que son irreales es demasiado aterrador; de ahí nuestra

necesidad de un aprendizaje indirecto. Aprendemos que somos perdonados

("lo que se ha hecho por ti") al perdonar a los demás, aun no reconociendo

que, dado que las ideas no abandonan su fuente, solo nos perdonamos a

nosotros mismos. Estos "pequeños pasos que [Dios] nos pide para que podamos llegar a Él" (L-pl.193.13:7) nos dirigen a aceptar la Expiación, el

penúltimo paso antes de despertar del sueño por completo.

(I.2:2) Percibirás la necesidad de esto si te das cuenta de que la negación es la decisión de no querer saber.

Como hemos visto en capítulos anteriores, la negación implica que una vez

supimos, lo que significa que el conocimiento está dentro de nuestras mentes a pesar de que lo hemos separado y no somos conscientes de su

presencia perenne. Reconocer este hecho nos motivará a practicar las lecciones diarias del perdón que nos conducirán de regreso al conocimiento

que al mismo tiempo tenemos y somos.

(I.2:3,6) La lógica del mundo, por lo tanto, no puede sino conducir a la nada, pues su meta es la nada. ... Éste es un mundo demente y no debes

subestimar la magnitud de su demencia.

Recuerda una declaración similar del Capítulo 13: “El mundo que ves es el sistema ilusorio de aquellos a quienes la culpabilidad ha enloquecido” (T13.in.2:2). A lo largo de Un Curso de Milagros, Jesús nos insta a no minimizar la enormidad de nuestra inversión en el sistema del ego. Nos dice aquí, además, que no subestimemos el alcance de la locura del mundo, lo que significa no subestimar el alcance de nuestra locura al creer vivimos en un mundo que no tiene sentido. Del mismo modo, creemos que el perdón como cuerpos tiene sentido, porque pensamos que existimos como cuerpos, junto con otros cuerpos que necesitan ser perdonados por sus pecados. Jesús nos advierte sobre el no apreciar lo suficiente el grado en que nos identificamos con la locura del sistema de pensamiento del ego y el mundo de la nada que surgió de él. Solo con tal aprecio seremos capaces finalmente de elegir la cordura del sistema de pensamiento que nos está enseñando. (I.2:7-8) No hay ningún área de tu percepción que no se haya visto afectada, y tu sueño es sagrado para ti. Por eso es por lo que Dios puso al Espíritu Santo en ti, allí donde tú pusiste el sueño. Jesús no habla del mundo ni del cuerpo, sino de la mente en la que colocamos el sueño de la separación cuando nos quedamos dormidos y escuchamos la interpretación del ego de la diminuta y alocada idea. Es por eso que la corrección del Espíritu Santo también debe estar en la mente. Recuerda estas declaraciones del Capítulo 2: “Tienes que cambiar de mentalidad. ... La corrección debe llevarse a cabo únicamente en el nivel en que es posible el cambio” (T-2.VI.3:4,6). Al contrarrestar Su Presencia, la Expiación, el ego desarrolló su complejo sistema de pensamiento al separar

la oscuridad de la culpa de la luz del Espíritu Santo, y luego separó la mente

del cuerpo fabricando un mundo de culpa en el que creemos que vivimos.

Esta es la razón por la que necesitamos un Maestro que nos guíe desde los

omnipresentes sueños de especialismo hasta Sus felices sueños de perdón,

la locura dando paso a la cordura y al amor.

(I.3:8-9) No hay nada en el mundo que pueda enseñarle que la lógica del mundo es totalmente demente y que no lleva a ninguna parte. Pero en él, que “ideó” esta lógica demente, mora Uno que sabe que dicha lógica no lleva a ninguna parte, pues Él lo sabe todo.

No hay nada aquí que pueda enseñarnos que el mundo es una locura, porque la locura sólo conoce la locura. Muchos sistemas de pensamiento

enseñan que el mundo puede entenderse, mientras que algunos incluso

creen que tiene sentido que un Dios perfecto creó un mundo imperfecto.

Además, estas enseñanzas nos dirigen a encontrar la felicidad aquí, trayendo simplemente la cordura a la locura. Sin embargo, esta táctica del

ego siempre fallará porque la verdadera felicidad viene solo cuando la locura se lleva a la cordura del Espíritu Santo. A pesar de nuestra decisión

de abandonar la mente correcta e identificarnos con la locura del ego, Aquel

Que lo sabe todo espera pacientemente nuestra elección de volver a Él y Su

respuesta cuerda.

(I.4:1-3) Cualquier dirección que conduzca a donde el Espíritu Santo no te conduce no lleva a ninguna parte. Cualquier cosa que niegues que el Espíritu Santo sepa que es verdad, te la estás negando a ti mismo, y Él tiene que enseñarte, por lo tanto, a no negarla. El proceso de des-hacimiento es indirecto, tal como lo es el de fabricar.

El Espíritu Santo nos lleva de regreso a la mente, no hacia el mundo.

Cualquier sistema de pensamiento, sin embargo, puede parecer santo, haciéndonos pedirle a Él que nos resuelva los problemas aquí, lo cual, en

última instancia, no conducirá a ninguna parte porque el mundo no está en ninguna parte. Como los que pensamos que estamos aquí estamos locos, necesitamos un Maestro Que nos lleve a donde realmente está el problema, en la mente, para que por fin podamos ser libres de la tiranía de la locura del ego. Este deshacimiento es indirecto porque todo en el mundo es indirecto, el cual solo refleja el poder de decisión de la mente. Nuestro mundo no es más que una sombra de una decisión ya tomada en favor el ego, y una que todavía se sigue tomando. Por eso nuestra escucha del Espíritu Santo también debe ser indirecta, reflejando la decisión de la mente de dejar ir el ego y elegirlo a Él como nuestro Maestro, el paso requerido antes de despertar del sueño y regresar directamente a Dios. (I.5:1-2) El Espíritu Santo, por lo tanto, tiene que comenzar Sus enseñanzas mostrándote lo que nunca podrás aprender. Su mensaje no es indirecto, pero Él tiene que introducir la simple verdad en un sistema de pensamiento que se ha vuelto tan distorsionado y tan complejo, que no puedes ni darte cuenta de que no significa nada. No podemos saber que la separación sucedió porque nunca sucedió. Simplemente pensamos que sucedió, y el pensamiento loco de la mente culmina en la locura de nuestras relaciones especiales como cuerpos. Es por eso que el perdón, el cual ocurre sólo en la mente, se experimenta dentro del contexto de estas locas relaciones corporales con las que nos identificamos. Esto es lo que Jesús quiere decir con indirecto – usar el cuerpo para tener acceso a la mente, a pesar de que el corazón de su enseñanza es que no hay cuerpos y no hay mentes (separadas). Como nos dirá más tarde, necesitamos sueños felices y dulces que nos lleven de las pesadillas a la alegría del despertar (T-27.VII.13). (I.5:3-4) Él simplemente contempla sus cimientos y los descarta. Pero tú

que no puedes deshacer lo que hiciste, ni escaparte de la pesada carga de embotamiento que ocupa tu mente, no puedes ver más allá de tu propio sistema de pensamiento. Nuestra identificación corporal nos impide ver a través de lo que hemos hecho, de darnos cuenta de que todo aquí es nada. Sin embargo, aunque el mundo parece permanecer como un sólido muro de granito ante la verdad, el Espíritu Santo lo ve solo como un frágil velo de nada que no esconde nada. El ego, que es nada, teme nuestra elección del Espíritu Santo, y esto explica por qué durante más de dos mil años el mundo ha adorado a un Jesús corporal; el que vino al mundo, hizo cosas mientras estuvo aquí, y luego se fue, pero para regresar en nubes de gloria. La Biblia y la tradición Cristiana se han centrado en el mundo y el cuerpo, habiendo hecho un Jesús con Quien nos sentimos cómodos. El verdadero Jesús, un pensamiento de perfecto amor en la mente, es demasiado aterrador para aceptarlo, porque significa que nosotros también somos un pensamiento de perfecto amor, un hecho que descarta el fundamento de la culpa ("la pesada carga de embotamiento") que constituye nuestro yo individual. (1.5:5) Éste te engaña porque elegiste engañarte a ti mismo. La culpa es el engaño que dice que somos Hijos de Dios pecadores. El mundo continúa la mentira diciéndonos que somos Hijos separados en un cuerpo. Mientras tanto, nuestra verdadera Identidad como Cristo permanece oculta detrás de la decisión de la mente de creer en el terrorífico cuento del ego de separación y especialismo: pecado, culpa y miedo. (1.5:6) Los que eligen dejarse engañar, simplemente atacarán los

enfoques directos porque éstos parecen poder adentrarse en el engaño y socavarlo.

Siendo el símbolo resplandeciente del amor del Cielo, Jesús representó un acercamiento directo y es por eso que el mundo lo atacó, al menos en las narraciones bíblicas. Este curso en realidad contiene dos enfoques: directo

en su enseñanza e indirecto en su aplicación. Como la gente teme a su franqueza, Un Curso de Milagros es atacado a menudo por sus propios estudiantes, quienes inconscientemente lo atacan a través de la distorsión de

su mensaje. De hecho, estos estudiantes cometen la mayor injusticia porque

cambian lo que dice, seguros de que lo que dicen es lo que dice. El resultado lamentable es que para ellos el Curso enseña lo contrario de lo

que está enseñando aquí. Su confusión nace de su temor a la simple verdad

de que la separación y el mundo nunca sucedieron, lo que significa que ellos, como individuos, nunca sucedieron tampoco. Una vez más, debido a

que la franqueza del principio de Expiación es tan aterradora, debe enseñarse de manera indirecta a través de la práctica diaria del perdón en

nuestras relaciones.

Lo que sigue es otra clara declaración del tema de que de nosotros no sabemos nada:

(XI.1: 1-4) Sin embargo, lo esencial es el aprendizaje que usted no sabe.

El conocimiento es poder, y todo el poder es de Dios. Ustedes que han tratado de mantener el poder por sí mismo han “perdido” la misma.

Todavía tiene el poder, pero que ha interpuesto tanto entre él y su conciencia de ello que no se puede utilizar.

El poder de nuestras mentes para decidir refleja el poder todo-amoroso de la

creación, no la dominación o subyugación que generalmente caracteriza la

práctica del poder en el mundo. Un Curso de Milagros habla de nuestras
dos funciones: en el Cielo, crear; en el mundo, perdonar, lo cual se logra
cuando elegimos al Espíritu Santo como nuestro Maestro. El ego intenta
preservar su aparente poder de separación usurpando el poder de Dios
para
crear, presumiendo de que es suyo, y luego invocando al mundo creado
falsamente como testigo. El Espíritu Santo, el único poder verdadero en el
sueño, permanece disociado en la mente y es esencialmente impotente hasta
que volvamos a elegir, lo que significa elegir contra el ego.
(XI.1:5) Todo lo que te has enseñado a ti mismo ha hecho que seas cada
vez menos consciente de tu poder.
Nos hemos enseñado a nosotros mismos que la culpa es real y la usamos
para cubrir el poder de Expiación de la mente correcta. El mundo cubre la
culpa, lo que nos impide recordar aún más el poder para elegir de la mente.
Hacemos mal uso de este poder cuando buscamos en el mundo el amor y el
cese del dolor, reforzando la estrategia de ausencia de mente del ego.
(XI.1:6-7) No sabes lo que es ni donde se encuentra. Has hecho un alarde de fuerza y de poder tan lamentable que no ha podido sino fallarte.
Los gobiernos buscan hacer esto mediante la construcción de arsenales de
poder, una falsa fuerza, porque el poder fue finalmente robado de Dios y
luego distorsionado en su opuesto: el amor se convierte en odio, reforzando
la culpa, que cuando se proyecta hacia afuera invita al contraataque. Esto,
no engendra sino miedo y defensa, y más necesidad de atacar: los círculos

viciosos de culpa-ataque y ataque-defensa. Los grupos practican esto porque los individuos lo hacen. De hecho, tal mal uso del poder es inherente

a toda cosa viviente, porque cada entidad aquí debe buscar fuera de sí mismo para sobrevivir y tomar lo que necesita, incluso hasta la muerte.

(XI.1:8-9) Pues el poder no es una apariencia de fuerza, y la verdad está más allá de toda aparien-cia. Aun así, lo único que se interpone entre ti y el poder de Dios que hay en ti, es tu falso aprendizaje, así como todos tus vanos intentos de querer deshacer lo verdadero.

Solo necesitamos mirar el sistema de pensamiento del ego y darnos cuenta

de que esto no es lo que queremos. En el resumen del Juicio Final en el libro de ejercicios, Jesús dice sobre el Segundo Advenimiento: es "... oír a

la Voz que habla por Dios proclamar que lo falso es falso, y que lo que es

verdad jamás ha cam-biado" (L-pII.10.1:1). Aprendemos esto al mirar el

sistema de pensamiento del ego y darnos cuenta de su irrealdad, la condición para recordar la verdad del principio de Expiación de que el Amor de Dios por nosotros nunca ha cambiado. Entonces, ¿qué hay que

hacer en el mundo? Todo lo que tenemos que hacer es volver a nuestras

mentes y elegir de nuevo: la fuerza de la mente plena sobre la debilidad de

la ausencia de mente.

(XI.2:1-2) Procura estar dispuesto, pues, a que todo esto sea des-hecho y a sentirte feliz de no ser un prisionero de ello eternamente. Pues te has enseñado a ti mismo a aprisionar al Hijo de Dios, lo cual es una lección tan descabellada que sólo un loco, en su delirio más profundo, podía haberla soñado.

Jesús nos está diciendo que lo que hemos hecho en nuestra locura es aprisionar al Hijo de Dios en la culpa, y luego en el cuerpo de la culpa por

la que hacemos responsables a otros. Aún más loco es que creemos que esta

pesadilla de odio es verdad, y la defendemos contra toda evidencia de la

mentalidad-correcta en su contra. Todo lo que es necesario para deshacer el sistema de pensamiento del humo y los espejos del ego es ser consciente, sin juzgar, de los ingeniosos artificios que nos distraen de su estrategia de defensa contra el poder de la mente para elegir.

(XI.2:3-5) ¿Cómo iba a poder Dios aprender a no ser Dios? ¿Y sería posible que Su Hijo, a quien Él ha dado todo poder, pudiese aprender a ser impotente? ¿Hay algo de lo que te has enseñado a ti mismo que aún

prefirieses conservar en lugar de lo que tienes y eres?

Para asegurarnos de que nunca recordemos el amor que tenemos y somos,

el ego nos lleva más y más lejos de la mente donde se guarda este recuerdo.

Esta es su estrategia de ausencia de mente, a la que Jesús responde preguntando: "¿Por qué conservarías lo que te has enseñado a ti mismo,

cuando en cambio puedes tener este glorioso tesoro del Cielo – tu Ser? Sigue mis enseñanzas sobre el perdón y así reconocerás tu verdadero poder

como el único Hijo de Dios".

(XI.3:1) La Expiación te enseña como escapar para siempre de todo lo que te has enseñado a ti mismo en el pasado, al mostrarte únicamente lo que eres ahora.

Esta es la libertad que el ego no quiere que aprendamos, lo que hace que su

esquema nos arraigue en su pasado gobernado y protegido por la culpa.

Para contrarrestar este enfoque equivocado en lo que no existe, Jesús nos

enseña que vivamos en el instante santo, el ahora en el que elegimos perdonar liberando las proyecciones que nos enseñan que otros son responsables de nuestra pérdida de paz. En verdad, sin embargo, la paz o su

ausencia son simplemente el resultado de la decisión de la mente: la visión

de la Expiación del Espíritu Santo o el juicio de separación del ego.

(XI.3:2-5) El aprendizaje tiene lugar antes de que sus efectos se pongan de manifiesto. El aprendizaje, por lo tanto, es algo propio del pasado, pero su influencia determina el presente al darle a éste el significado que tiene para ti. Tu aprendizaje no le aporta al presente significado alguno. Nada que jamás aprendiste te puede ayudar a entender el presente, o enseñarte a deshacer el pasado. Jesús se refiere al aprendizaje de nuestro ego, que se basa en un pasado pecaminoso que se manifiesta a medida que nuestras vidas evolucionan en el sueño. Dado que el pasado ya pasó y no se puede cambiar, estamos condenados a vivir con la culpa presente y el miedo futuro, sin otro recurso que buscar la salvación a través de las relaciones especiales. Solamente a través de la decisión de la mente por el instante santo, somos liberados de la tiranía del tiempo para vivir en el presente sin culpa, el cual se extiende para siempre.

(XI.3:6-8) Tu pasado es lo que tú te has enseñado a ti mismo. Renuncia a él completamente. No trates de entender ningún acontecimiento, ningún hermano ni ninguna cosa bajo su “luz”, porque la oscuridad en la que tratarías de ver tan sólo empañaría lo que vieses. Nuevamente, toda la enseñanza del ego se basa en el pensamiento dualista de nuestra pecaminosidad pasada. Tratamos de entender a Dios, al amor, a Jesús y a su curso sobre el perdón, en la “luz” de las tinieblas del dualismo, una perspectiva basada en la realidad de un pasado pecaminoso que intentamos desesperadamente atribuir a los demás. En el nivel de nuestras relaciones, ya que creemos que somos el producto de nuestra educación pasada, nos relacionamos con todos y con todo desde esa perspectiva. Esto nos ayuda a reconocer por qué, por ejemplo, podemos alejar a las personas,

prefiriendo estar solo y tener deseos especiales que deben ser satisfechos por otras personas especiales. Comprender estas relaciones en el contexto de nuestro pasado a menudo puede ser un importante primer paso para liberar amargos recuerdos de abusos y victimizaciones pasados, y finalmente darnos cuenta de que son decisiones tomadas en el presente para aferrarnos al pasado con el fin de reforzar nuestra existencia, sin ser responsable de ella. Jesús nos está pidiendo, en el instante santo, "renuncia a él [el pasado] completamente", es decir, cambiar nuestras mentes ahora para liberar el pasado tenebroso que nunca ocurrió, y para que podamos aceptar la luz de la Expiación que brilla en el presente perenne. (XI.3:9) No confíes en que la oscuridad pueda jamás iluminar tu entendimiento, pues si lo haces estarás contradiciendo la luz, y, por lo tanto, creerás que puedes ver en la oscuridad. Sin embargo, esto es lo que hacemos. Creemos que vemos un mundo, pero en realidad no vemos nada. Aún más loco es que pensamos que entendemos lo que pasa aquí, por qué la gente se comporta como lo hace, por ejemplo. Además, creemos que entendemos lo que hacemos, una comprensión derivada de la creencia en la realidad de nuestra separación y culpa. Estos pensamientos son la oscuridad que excluye la visión y fomentan las falsas percepciones del ego, como Jesús nos señala: (XI.3:10) La oscuridad, no obstante, no se puede ver, pues no es más que una condición en la que es imposible ver. La verdadera visión pertenece a Cristo, basada en el principio de la Expiación que mira más allá de la culpa y ve solo la luz. Esta culpa, el mundo de especialismo que surgió de ella, y los ojos del cuerpo que la "ven", tienen como su único propósito mantener nuestras mentes en tinieblas e incapaces de ver la verdad. Y entonces nosotros invocamos

continuamente a la oscuridad para que nos ayude a comprender la luz que la dualidad no conoce y que nunca podrá ver.

(XI.4:1) Tú que aún no has llevado ante la luz que mora en ti toda la tenebrosidad que te has enseñado a ti mismo, difícilmente puedes juzgar la verdad o el valor de este curso.

Esta es la súplica constante de Jesús: "Por favor, no creas que entiendes este curso. Déjame enseñár-telo. No te lo enseñes a ti mismo, pensando que

entiendes la espiritualidad, el perdón o a Dios, y mucho menos tus problemas, sino tráeme tu culpa para que puedas deshacer las sombras que

impiden el aprendizaje de la luz. Entonces la culpa desaparecerá, lo que te

permitirá leer Un Curso de Milagros a través de la visión de Expiación de la

mente, no con los ojos dualistas de especialismo con los que usarías mis

enseñanzas para reforzar la creencia de que estás aquí como un cuerpo y

que la separación es un hecho".

(XI.5:1-3) Existe una sola prueba – tan infalible como Dios – con la que puedes reconocer si lo que has aprendido es verdad. Si en realidad no tienes miedo es nada, y todos aquellos con los que estás, o todos aquellos que simplemente piensen en ti comparten tu perfecta paz, entonces puedes estar seguro de que has aprendido la lección de Dios, y

no la tuya. A menos que sea así, es que todavía quedan lecciones tenebrosas en tu mente que te hieren y te limitan, y que hieren y limitan

a todos los que te rodean.

Sabemos que estamos aprendiendo las lecciones del Espíritu Santo para

deshacer la culpa (las "lecciones tenebrosas" de la mente), no sólo por nuestro sentimiento de paz, sino por aquellos que nos rodean que experimentan esta paz y ausencia de miedo. Estos dos criterios reflejan la

facilidad con la que podemos engañarnos a nosotros mismos, sin embargo,

será dificultoso engañar a los que viven y trabajan con nosotros.
Algunos
estudiantes usan al Jesús bíblico en este sentido, ya que los que lo rodeaban
no eran muy pacíficos en su presencia. Esto se debió al sentir que su paz no
era de este mundo, que, en la frase de San Pablo, ésta "sobrepasa todo entendimiento" (Filipenses 4:7). La gente se aterrorizaba por la paz que
experimentaban, ya que amenazaba la existencia de su ego, basada en el
conflicto y el ataque, por lo tanto, se enojaban como defensa (T-6.V-B.1).
En otras palabras, antes de que atacaran a Jesús, compartieron su amor y su
paz, de los cuales sus egos debían protegerlos. De nuevo, no es que nos
sentimos mejor, un sentimiento que fácilmente puede engañarnos, sino que
otros reconocen que hay algo diferente acerca de nosotros – sonreímos mucho más a menudo y nuestras frentes se mantienen serenas (Lpl.155.1:2-3) – incluso si lo hacemos, no necesariamente lo experimentaremos.
(XI.5:4-6) La ausencia de una paz perfecta sólo significa una cosa: crees
que no quieres para el Hijo de Dios lo que su Padre dispuso para él. Toda lección tenebrosa enseña esto en una u otra forma. Y cada lección
de luz con la que el Espíritu Santo reemplazará las lecciones tenebrosas
que tú no aceptes, te enseñara que tu voluntad dispone lo mismo que la
del Padre y la del Hijo.
Nuestra decisión de oponernos a Dios es la decisión por el conflicto, atestiguada por nuestra culpa y el mundo de especialismo que surgió de
ella. Estas son las lecciones tenebrosas que nos cansan y no nos traen paz.
Así, cuando hemos tenido suficiente dolor, finalmente nos sentimos

motivados a pedir ayuda. El Espíritu Santo responde con Sus lecciones de perdón llenas de luz que reflejan la unidad de la Voluntad no separada que compartimos con Dios y con todos Sus Hijos.

(XI.6:1-2) No te preocupes por cómo vas a aprender una lección tan diametralmente opuesta a todo lo que te has enseñado a ti mismo. ¿Cómo ibas a poder saberlo?

Jesús no nos está degradando, sino señalando amablemente lo poco que

podemos entender, ya que percibimos todo dentro del marco del sistema de

pensamiento dualista de separación y especialismo del ego. Primero debemos reconocer nuestras falsas percepciones antes de que podamos

aprender las lecciones de corrección y aceptar la visión del perdón de nuestro maestro.

(XI.6:3-5) Tu papel es muy simple. Sólo tienes que reconocer que ya no deseas lo que has aprendido. Pide nuevas enseñanzas, y no te valgas de

tus experiencias para confirmar lo que has aprendido.

Creemos que entendemos el mundo, pero seguimos aterrorizados para pedir

ayuda de verdad. Nuestro entendimiento está basado en la experiencia, pero

olvidamos que los sentimientos y las experiencias mienten porque provienen del ego. El pensamiento de la mente sobre la Expiación está más

allá de los sentimientos, y ciertamente más allá de nuestra experiencia aquí

como cuerpos que viven en un mundo lineal de tiempo y espacio. No obstante, estamos muy seguros de que percibimos correctamente, pensando

con arrogancia que conocemos el problema y su respuesta. La mayoría de

las veces, la respuesta simplemente perpetúa el problema porque proviene

de nosotros mismos y no de nuestro Maestro. Esta certeza asegura que nunca podremos aprender porque hemos cerrado nuestras mentes a Él y a

Su respuesta sanadora del perdón.

Mientras creamos que estamos separados, con un interés creado en perpetuar nuestro yo ilusorio, malinterpretaremos Un Curso de Milagros y a

su autor porque todo lo que nos enseña es que no somos individuos, y que

nuestros intereses no están separados de los de nadie más. Por lo tanto,

antes de que podamos aceptar la ayuda que necesitamos, debemos primero

reconocer cuánto la necesitamos, y esta es la importancia de la humildad.

La arrogancia nos lleva a pensar que entendemos lo que está sucediendo, lo

que nos lleva a odiar a Jesús, ya que él conoce la verdad, justificando el

excluirlo a él y a su curso de nuestras vidas. De esta manera, nuestro yo y

nuestro mundo sin mente, están a salvo de todas las incursiones en la mente,

la fuente del problema y la respuesta.

(XI.6:6-11) Cuando de alguna manera tu paz se vea amenazada o perturbada, afirma lo siguiente:

No conozco el significado de nada, incluido esto. No sé, por lo tanto, cómo responder a ello. No me valdré de lo que he aprendido en el pasado para que me sirva de guía ahora.

Cuando de este modo te niegues a tratar de enseñarte a ti mismo lo que

no sabes, el Guía que Dios te ha dado te hablará. Ocupará el lugar que le corresponde en tu conciencia en el momento en que tú lo desocupes y

se lo ofrezcas a Él.

Siempre que estemos molestos, en lugar de suponer que conocemos su

causa y su solución en el mundo de los cuerpos sin mente, Jesús nos pide

que vayamos rápidamente a la mente, donde en el instante santo la elección

equivocada por la culpa se puede deshacer rápidamente con su perdón.

Reconocer humildemente que no entendemos nada de nada, nos permite ser enseñados por el maestro cuya sabiduría proviene del conocimiento eterno, el cual siempre está ahí, esperando nuestra decisión de liberar el pasado.

(XI.12:1-3) Aquellos que nunca se olvidan de que no saben nada, y que finalmente están dispuestos a aprenderlo todo, lo aprenderán. Pero mientras confíen en sí mismos, no aprenderán. Pues habrán destruido su motivación de aprender pensando que ya saben.

Esto presagia el dictamen seminal que aparece más adelante en el texto:

"Nada es tan cegador como la percepción de la forma" (T-22.III.6:7), a lo

que podemos agregar: nada es tan cegador como la percepción basada en el

pasado. Nosotros siempre percibimos el mundo en términos de eventos pasados porque este es el lugar del pecado, nuestro "verdadero" yo.

En el

pasado elegimos en contra del Espíritu Santo y por el ego, y esa elección

quedó grabada en la piedra de culpa del ego, la lección llena de dolor que

nos enseñamos a nosotros mismos. Todo lo que siguió fue simplemente un

fragmento sombrío en la forma de esa elección original que hemos aprendido y sobreaprendido. Se convirtió en la base de todas nuestras percepciones mientras seguíamos ensayando la historia del ego de culpa,

castigo y odio. Nosotros hemos escuchado anteriormente en nuestra sinfonía que "por tu cuenta no puedes aprender" (T-12.V.5:3), pero Jesús

está enseñándonos que cuando nos unimos a él no hay nada que no podamos aprender o lograr. La elección entre maestros siempre se basa en

el plan de estudios que deseamos aprender: libertad o prisión, alegría o

dolor. Del panfleto sobre psicoterapia leemos: "No olvidemos que por nosotros mismos no podemos hacer nada, y apoyémonos en una fuerza que

está más allá de nuestro limitado alcance con respecto a qué debemos enseñar y qué debemos aprender" (P-2.V.4:8).

Sin embargo, nunca estaremos motivados para aprender mientras pensemos

que conocemos la respuesta. Este importante tema se encuentra en todo el

texto y también en el libro de ejercicios. La humildad que refleja es la clave

para permitir que Jesús nos enseñe las lecciones de su curso, y para que

nosotros, con gratitud y alegría podamos aprenderlas.

(XI.12:4-13:2) No creas que sabes nada hasta que pases la prueba de la

paz perfecta, pues la paz y el entendimiento van de la mano y nunca se

les puede encontrar aparte. Cada uno de ellos trae consigo al otro, pues

la ley de Dios es que no estén separados. Cada uno es causa y efecto del

otro, de forma tal que donde uno de ellos está ausente, el otro no puede

estar.

Sólo aquellos que reconocen que no pueden saber nada a menos que los

efectos del entendi-miento estén con ellos, pueden realmente aprender.

Para lograrlo tienen que desear la paz, y nada más.

Queremos la paz, pero solo en nuestros términos. Es una paz que no incluye

a todas las personas, porque nuestras necesidades especiales solo pueden

satisfacerse a expensas de otros. Con esta versión egoica de la paz, nacida

de la separación, nunca podremos entender nada, ya que el verdadero entendi-miento proviene solo de la visión de Cristo: la percepción de intereses compartidos que es la única fuente de paz dentro del sueño.

Dado

que esta visión es lo que realmente queremos, el principio de uno u otro es

felizmente reemplazado por juntos, o no en absoluto, el prerequisite para

despertar a la paz eterna del Cielo.

(XI.13:3-14:2) Siempre que crees que sabes, la paz se aleja de ti porque

has abandonado al Maestro de la paz. Siempre que reconoces que no sabes, la paz retorna a ti, pues has invitado al Espíritu Santo a que retorne, al haber abandonado al ego por Él. No acudas al ego para nada. Eso es lo único que necesitas hacer. El Espíritu Santo, por Su Propia iniciativa, ocupará toda mente que, de esta manera, le haga sitio.

Si quieres paz tienes que abandonar al maestro del ataque. El Maestro de la paz nunca te abandonará.

El principio de uno u otro también funciona con los estados mutuamente

excluyentes de las mentes correcta y errada. La arrogancia del ego conduce

inevitablemente a la ignorancia, así como la humildad es el requisito previo

para la paz, el trampolín hacia el regreso del conocimiento. El miedo a este

regreso nos lleva a re-afirmar nuestra individualidad, y a luego acusar al

Maestro de la paz de abandonarnos porque nos sentimos muy culpables de

haberlo abandonado a Él. Dejados a nuestra propia locura, creemos que

nuestros pensamientos, sentimientos y comprensión son indicadores válidos

de la verdad.

Este curso es simple en términos de lo que nos pide: "No acudas al ego para

nada". Debemos darnos cuenta de lo que esto realmente significa.

Siempre

que miramos una situación o relación a través de los ojos de nuestras necesidades, heridas pasadas o placeres anticipados, sabemos que hemos

pedido ayuda al ego y entonces, deberemos atacar forzosamente. En este

punto necesitamos volver a la mente y pedirle a Jesús que nos ayude a mirar

a través de sus ojos de paz. Debemos estar dispuestos a decir que no entendemos nada, porque si no, cualquier respuesta que demos será tan loca

como nuestras percepciones. Solo al adoptar esta humildad de no saber nos convertiremos en "alumnos felices".

"El alumno feliz."

Para el ego, el que aprendamos del Espíritu Santo es la decisión más infeliz

porque estaríamos aprendiendo acerca de la parte de nosotros que no quiere

aprender, un entendimiento que presagia el fin del ego. En la medida en que

podamos liberar la inversión en perpetuar nuestro yo separado y especial,

pasaremos del propósito del ego de preservar la separación a través de la

culpa del especialismo, al propósito del Espíritu Santo de deshacer la culpa

mediante el perdón. Esto permite que brille la luz de la Expiación a través

de la oscuridad del ego a medida que nos convertimos en los alumnos felices de nuestro Maestro.

(II.1:1-2) El Espíritu Santo necesita un alumno feliz en quien Su misión pueda llevarse a cabo felizmente. Tú que eres tan partidario de la aflicción, debes reconocer en primer lugar que eres infeliz y desdichado.

Debemos aprender que atacar a los demás (odio especial) y exigir que satisfagan nuestras necesidades (amor especial) nos hace desdichados.

Como nuestro maestro, Jesús debe convencernos de cuán desdichados

somos realmente cuando insistimos en que nuestras percepciones son precisas y cuando justificamos el especialismo – por ejemplo, si nos hacen

cosas terribles e injustas que justifican nuestros contraataques. Si no vemos

el contraste entre nuestra desdicha y lo que Jesús nos ofrece a cambio,

nunca estaremos motivados a aprender su curso y a elegir los medios (el perdón) que nos harían verdaderamente felices. Las líneas anteriores, por cierto, resaltan el enfoque único de Un Curso de Milagros sobre nuestra expansión. En lugar de enfatizar lo positivo – por ejemplo, que somos benditos y felices como el Hijo de Dios – Jesús insiste en que veamos lo infelices que somos por causa de nuestra culpa. Sin deshacer este negativo, no podríamos esperar aprender que la felicidad aquí solo proviene de elegir el milagro de la corrección que finalmente nos despierta de los sueños de sufrimiento y muerte del ego. Recuerda esta importante línea del Capítulo 12: “La tarea del obrador de milagros es, por lo tanto, negar la negación de la verdad” (T-12.II.1:5). Al mirar las negaciones de la verdad del ego y luego más allá de ellas, conscientes de que ya no queremos las defensas de ataque, logramos la visión de Cristo. Al ver intereses compartidos en lugar de separados, la igualdad de las mentes y no las diferencias de los cuerpos, esto nos conduce directamente a recordar la verdad de nuestro único Ser. (II.1:3-4) El Espíritu Santo no puede enseñar sin este contraste, pues tú crees que la aflicción es felicidad. Esto te ha confundido tanto, que te has empeñado en aprender a hacer lo que nunca podrás hacer, creyendo que si no aprendes a hacerlo no serás feliz. Ya hemos visto el contraste entre el dolor y el aprisionamiento del ego y la dicha y la libertad del Espíritu Santo (T-7.X; T-8.II), y aquí Jesús habla de contrastar la aflicción y la felicidad. Cuando nosotros llevamos la aflicción de nuestros pensamientos de ataque al perdón de Jesús, podemos observar

la diferencia y aprender que es nuestra responsabilidad sentirnos tan mal.

También aprendemos de nuestra creencia errónea de que podemos ser felices a través de las relaciones especiales, cuyo núcleo es atribuir la aflicción y la felicidad a lo externo – relaciones, acontecimientos y leyes

"naturales". Jesús nos enseña a reconocer la lógica perversa y demente del

ego de que somos más felices cuando estamos más afligidos.

(II.1:5-11) No te das cuenta de que los cimientos sobre los que se basa este objetivo de aprendi-zaje tan extraño no tienen ningún sentido. No obstante, puede que aún tengan sentido para ti. Si tienes fe en lo que no

es nada, encontrarás el “tesoro” que buscas. Pero habrás agregado una

carga más a tu ya sobrecargada mente. Creerás que lo no es nada es valioso y lo apreciarás. Para ti, un trocito de vidrio, una mota de polvo, un cuerpo o una guerra son todos una misma cosa. Pues si valoras una sola cosa que esté hecha de lo que no es nada, habrás creído que lo que

no es nada puede ser valioso y que puedes aprender a hacer que lo que

no es verdad lo sea.

El sistema de pensamiento del ego – es decir, que la aflicción es felicidad –

tiene sentido solo cuando creemos que la Expiación es una mentira. En verdad, la separación es la mentira, como todo lo que surgió de ella – el

mundo de especialismo y ataque que es el tesoro del ego. No hay grados de

dificultad en los milagros porque no hay una jerarquía de ilusiones.

Todas

las cosas aquí, ya sea un trozo de cuerda o una guerra mundial, son igualmente ilusorios porque forman parte de un mundo dualista que no tiene

realidad. No son nada porque vienen de la nada. Las ideas no abandonan su

fuentes: la fuente de nada sólo puede conducir a ideas y a un mundo que no

son nada. Elevar un aspecto de la ilusión a la verdad debe invalidar toda la verdad; quitar el poder para afectarnos de una ilusión niega todas las ilusiones. Reconocer la total-inclusividad del milagro significa que aceptamos su poder para sanar, que es también la razón por la que el perdón es la llave de la felicidad (L-pl.121).

(II.2:1-3:1) El Espíritu Santo, que ve donde te encuentras, pero sabe que realmente te encuentras en otra parte, comienza Su lección de simplicidad con la enseñanza fundamental de que la verdad es verdad. Ésta es la lección más difícil que jamás tendrás que aprender y, al fin y al cabo, la única. La simplicidad es algo muy difícil para las mentes retorcidas. Observa todas las distorsiones que has hecho de lo que no es

nada; todas las extrañas manifestaciones, sentimientos, acciones y reacciones que has urdido de ello. Nada te es tan ajeno como la simple verdad, ni hay nada que estés menos inclinado a escuchar. El contraste entre lo que es verdad y lo que no lo es, es perfectamente evidente; sin

embargo, tú no lo ves. Lo que es simple y obvio no es evidente para los

que desean fabricar palacios y ropajes regios de la nada, creyendo que éstos les convierten en reyes de áurea.

El Espíritu Santo ve esto y enseña simplemente que nada de ello es verdad.

El párrafo anterior nos devuelve al tema de la simplicidad de la verdad: la

verdad nunca ha cambiado, y lo que es falso permanece para siempre falso.

El ego desarrolla su programa de complejidad, en la mente y en el mundo,

para contrarrestar la simple verdad de la Expiación. Esta también es la razón por la que los estudiantes se sienten tentados a hacer de Un Curso de

Milagros un sistema complicado que no pueden entender, utilizando su sofisticado tratamiento de ideas y lenguaje a veces elusivo como motivo

para no poder comprender su simple, claro y directo mensaje. En consecuencia, un aspecto del plan del ego es eliminar el Espíritu Santo de la

mente donde Su corrección sanadora del perdón también es simple, clara y directa, y lo coloca a Él en el mundo en el que Su dirección a menudo puede parecer complicada, si no intrincada. Vemos evidencia de esta extraña noción Cristiana de la salvación a través del sufrimiento, el sacrificio y la muerte, como otro ejemplo del uso que hace el ego de la disociación, separando lo verdadero de lo falso. En el mundo falso que hemos fabricado, buscamos triunfar sobre los individuos de la misma manera que los estados nacionales buscan el poder sobre otros estados nacionales. Nosotros creemos que estos ataques nos hacen fuertes, cuando en realidad solo fortalecen la creencia en la nada del ego y nuestra identificación con ella, debilitándonos al final. Para ayudar a contrarrestar esta locura, el Espíritu Santo nos suplica: (II.3:2-9) A esos infelices alumnos que quieren enseñarse a sí mismos lo que no es nada y que se engañan creyendo que es algo, el Espíritu Santo les dice con perfecta serenidad. La verdad es verdad. Es lo único que importa, lo único que es real y lo único que existe. Permíteme hacer por ti la única distinción que tú no puedes hacer, pero que necesitas aprender. La fe que tienes en lo que no es nada te está engañando. Deposítala en mí, y yo, a mi vez, la depositaré delicadamente en el santo lugar donde le corresponde estar. Allí no encontrarás engaño, sino únicamente la simple verdad. Y la amarás porque la comprenderás. Solo los locos rechazarían tal invitación, razón por la cual Jesús continuamente señala nuestra locura. Ver la aflicción que sentimos nos motiva a tomarlo como nuestro maestro, para felizmente aprender que él solo habla de la verdad de Dios, mientras que las mentiras del ego han buscado hacer que la nada parezca el todo. De hecho, el ego ha buscado esconder el Todo (donde nos aguarda el Espíritu Santo) detrás de la nada inherente de la culpa, convenciéndonos de que realmente es algo. ¿Cómo

podríamos entonces entender cosa alguna? Esto explica por qué Jesús nos enseña a no ver nada donde no hay nada (en la mente errada y en algunas cosas del mundo), entendiendo que la nada del ego no es más que una defensa endeble contra nuestro tomador de decisiones que elige recordar el Todo (en su mente correcta).

(II.5:3-6) Aprende a ser un alumno feliz, pues jamás aprenderás como hacer que lo que no es nada sea todo. Pero date cuenta de que ésa ha sido tu meta, y reconoce cuán descabellada ha sido. Alégrate de que haya sido des-hecha, pues cuando la examinas honestamente, queda des-hecha.

El ego no se deshace luchando contra él, negándolo o cambiándolo, sino simplemente mirando desapasionadamente en su sistema de pensamiento: llevar su oscuridad a la luz del Espíritu Santo. En Su tranquila verdad la nada del ego se desenmascara, como también lo hace nuestra necedad al haber creído que su nada era realmente algo. Habiendo aprendido por fin esta lección, nos convertiremos en alumnos felices.

(II.5:7-8) Dije anteriormente: "No te conformes con lo que no es nada", pues has creído que lo que no es nada podía hacerte feliz. Mas eso no es verdad.

Jesús repite su declaración anterior del Capítulo 12 (T-12.VIII.6:1). Nos "conformamos con lo que no es nada" cuando elegimos el especialismo en lugar del amor, y buscamos el placer mundano en lugar del perdón. Estos

son los regalos del ego que nunca duran, y una vez que reconocemos este feliz hecho, su valor habrá desaparecido, siendo reemplazado por nuestra fe en lo eterno: el regalo de amor del Cielo que se refleja en el sueño como perdón y curación.

(II.6) Si quieres ser un alumno feliz tienes que entregarle al Espíritu

Santo todo lo que has apren-dido para así desaprenderlo. Y luego empezar a aprender las gozosas lecciones que se suceden rápidamente sobre los sólidos cimientos de que la verdad es verdad. Pues todo lo que se construye sobre ellos es verdad, y está basado en la verdad. Todo un universo de aprendizaje se revelará ante ti en toda su maravillosa simplicidad. Y puesto que tendrás la verdad ante ti, no desearás volver la vista atrás.

Jesús identifica nuestro miedo. Si no miramos atrás, no miraremos al ego, el cual nos advierte que lo que hicimos desaparecerá en el olvido si rompemos su mandamiento de no mirar dentro de nosotros (T-21.IV.2:3). Sin embargo, todo lo que desaparecerá es nuestra miseria, y su lugar será ocupado por la felicidad de saber que somos perdonados, la verdadera dicha de la Expiación. Esto muestra por qué necesitamos monitorear continuamente nuestra mente (la búsqueda en la mente que las primeras lecciones del libro de ejercicios enfatizan) las motas de oscuridad del ego y llevarlas a la luz de la corrección. Esta es la condición de aprendizaje que conduce a la suave aceptación de la verdad:

(II.7:1-2) El alumno feliz satisface las condiciones del aprendizaje en este mundo, de la misma forma en que satisface las condiciones del conocimiento en el Reino. Todo ello se basa en el plan del Espíritu Santo para liberarte del pasado y revelarte el camino hacia la libertad. Las condiciones del aprendizaje son las oportunidades diarias del perdón.

Estas nos liberan de las cadenas de culpa que nos atan a un pasado "pecaminoso" y nos permiten recordar la simple verdad del conocimiento del Cielo. Recordar que este es nuestro objetivo nos permite sentirnos felices incluso con las más dolorosas lecciones, porque exponen nuestros

"pecados secretos y odios ocultos" (T-31.VIII.9:2), para que podamos verlos como defensas que ya no queremos, ya que bloquean nuestro regreso

a casa.

(II.7:3-7) Pues la verdad es verdad. ¿Qué otra cosa podía o pudo jamás serlo? En esta simple verdad se encuentra la llave de la lóbrega puerta que crees está cerrada para siempre. Construiste esa puerta de la nada,

y detrás de ella no hay nada. La llave no es más que la luz que con su resplandor desvanece las siluetas, formas y temores de lo que no es nada.

Detrás de la lóbrega puerta que creemos que está cerrada para siempre está

el principio de Expiación de que la separación nunca ocurrió. La tenebrosa

bóveda de la mente es donde buscamos enterrar al Espíritu Santo y Su simple mensaje de que la verdad es verdad. Esta puerta se mantiene cerrada

por la culpa, y su llave está escondida en el mundo y en el cuerpo. Sin embargo, la llave del perdón del Espíritu Santo abre fácilmente la cerradura

porque cambia nuestra conciencia del cuerpo a la mente, permitiéndonos

mirar sin juzgar a nuestra decisión por la culpa, sin ver más oscuridad, sino

solo la luz sanadora de la Expiación. Al elegir esta luz, podemos ver el ego

por la nada que es, mientras sus sombras de culpa se disuelven suavemente

en la presencia sanadora de la verdad.

Una vez que hemos aprendido la verdadera naturaleza de la enseñanza y el

aprendizaje, tenemos que decidir de qué maestro nosotros aprenderemos.

Este importante tema de la elección de maestros es nuestra próxima sección.

Decisión.

(III.4:1) Cada día, cada hora y cada minuto, e incluso cada segundo, estás decidiendo entre la crucifixión y la resurrección; entre el ego y el Espíritu Santo.

Veremos una formulación similar en "El pequeño obstáculo" donde el pensamiento anterior se coloca en un marco metafísico (T-26.V.13:1).

Todo

en el mundo se basa en el poder de la mente para elegir – a Dios o al ego,

perdón o ataque. Independientemente de las formas de la situación, evento o

relación, nuestras reacciones a ellos (el contenido) siempre se derivan de

una de estas dos opciones: uno u otro.

(III.4:2-6) El ego es la elección en favor de la culpabilidad; el Espíritu Santo, la elección en favor de la inocencia. De lo único que dispones es del poder de decisión. Aquello entre lo que puedes elegir ya se ha fijado

porque aparte de la verdad y de la ilusión no hay ninguna otra alternativa. Ni la verdad ni la ilusión traspasan los límites de la otra, ya que son alternativas irreconciliables entre sí y ambas no pueden ser verdad. Eres culpable o inocente, prisionero o libre, infeliz o feliz.

Jesús dice continuamente que el suyo es un curso muy simple, porque literalmente no hay nada en el sueño excepto el poder de decisión de nuestra mente. Todo lo que tenemos que hacer es mirar la culpa del ego y

decir que ya no es lo que elegimos, dejando la inocencia del Espíritu Santo

como la única verdad. Esto refleja la premisa no-dualista del Curso de que

no hay reconciliación entre la verdad y la ilusión, el bien y el mal, la luz y

la oscuridad: uno u otro.

(III.12) ¿Negarías la verdad de la decisión de Dios, imponiendo tu mísera evaluación de ti mismo en lugar de la serena e inmutable evaluación que Él ha hecho de Su Hijo? Nada puede alterar la convicción de Dios de que todo lo que Él creó goza de perfecta pureza, pues es absolutamente puro. No decidas contra ello porque, dado que procede de Él, no puede sino ser verdad. La paz mora en toda mente que acepta serenamente el plan que Dios elaboró para su Expiación, renunciando al suyo propio. Tú no sabes lo que es la salvación, pues no comprendes lo que es. No tomes decisiones con respecto a lo que es o adónde se encuentra, sino que en vez de ello pregúntaselo todo al Espíritu Santo y no tomes ninguna decisión sin Su dulce consejo.

Una y otra vez Jesús vuelve a este tema de pedir ayuda al Espíritu Santo.

Por nuestra cuenta, nos decidimos por una imagen miserable que era indigna del Hijo que Dios creó a Su propia y gloriosa semejanza.

Nosotros

luego buscamos la salvación en nuestras relaciones especiales a partir de

esta lamentable valoración. Jesús redirige nuestra atención al problema,

desde nuestro lamentable auto-concepto hasta la decisión de la mente. Nos

urge a reconsiderar nuestro error y elegir un objetivo diferente: paz en lugar

de conflicto, Expiación en lugar de separación, pureza en lugar de culpa. Si

tomamos en serio nuestra decisión, reconoceremos la arrogancia de decidir

que sabemos dónde está la salvación (el cuerpo), de qué necesitamos ser

salvados (pecado) y cómo lograrlo (sacrificio). Pedir la ayuda del Espíritu

Santo refleja nuestra humildad en no presumir que entendemos algo más

que la necesidad de no entender. Esto le permite a Él guiarnos a la mente

donde nuestra creencia errónea en la separación y el pecado puede cambiar

a la Expiación y el perdón.

(III.13) Aquel que conoce el plan que Dios quiere que sigas puede enseñarte lo que éste es. Sólo Su Sabiduría puede guiar tus pasos en dicho plan. Cada decisión que tomas por tu cuenta significa únicamente

que quieres definir lo que es la salvación y aquello de lo que debes ser salvado. El Espíritu Santo sabe que la salvación es escapar de la culpabilidad. No tienes ningún otro "enemigo", y el Espíritu Santo es el único Amigo que te puede ayudar contra esta absurda distorsión de la pureza del Hijo de Dios. Él es el poderoso protector de la inocencia que te hace libre. Y Él ha decidido deshacer todo lo que podría ocultar tu inocencia de tu mente despejada.

Nuestro "enemigo" no es realmente la culpa (o el pecado), sino nuestra

decisión equivocada, que fue la decisión de la mente contra la inocencia del Hijo de Dios. Ya que solos no somos nada y no podemos hacer nada, nosotros necesitamos un Amigo que nos refleje lo que nuestras mentes han decidido olvidar. El ego nos ofrece la amistad de la culpa y el ataque, los cuales nos tientan mientras tenemos miedo de nuestro inocente Ser. El propósito del Curso puede ser visto como enseñarnos a distinguir entre el plan de expiación del ego a través del sacrificio y el sufrimiento que hace que la culpa sea real, y el Plan de Expiación del Espíritu Santo el cual a través del perdón devuelve a la mente a su estado natural de inocencia.

(III.14) Permítele, por lo tanto, ser el único Guía que sigues hacia la salvación. Él conoce el camino y te conduce gustosamente por él. Con Él no podrás sino aprender que lo que Dios desea para ti es tu voluntad. Sin Su dirección pensarás que puedes saber por tu cuenta lo que debes hacer, y decidirás contra tu paz tan irremediabilmente como

decidiste que la salvación residía solamente en ti. La salvación está en manos de Aquel a Quien Dios se la confió para ti. Él no se ha olvidado de ello. No te olvides de Él y Él tomará todas tus decisiones por ti, las cuales serán en favor de tu salvación y de la paz de Dios en ti.

Volvemos al tema de nuestro no saber nada, porque creemos que realmente

hay un nosotros que puede saber, un yo individual con un cerebro que piensa y comprende. Recurrir al Espíritu Santo en busca de ayuda simboliza

el reconocimiento de que nuestras mentes cometieron un error al elegir el

ego, y ahora deseamos elegir de nuevo. Lo que nos impulsa a corregir nuestro error es darnos cuenta del dolor que nos ha causado la culpa del

ego. Dado que nuestro objetivo es la paz y no el sufrimiento, recordamos a

nuestro verdadero Amigo y Guía y elegimos Su sabiduría para guiarnos por

el camino de la salvación – intereses compartidos en lugar de separados, la práctica diaria del perdón que pone fin al sueño de conflicto aquí (LpII.333).

(III.17) ¡Qué grato es decidir todas las cosas a través de Aquel que da Su equitativo Amor a todos por igual! Él no excluye a nadie de ti. Por lo tanto, te da lo que es tuyo porque tu Padre quiere que lo compartas con Él. Deja que el Espíritu Santo sea tu guía en todo, y no te vuelvas atrás. Confía en que Él responderá de inmediato y con Amor a todos lo que de algún modo se vean afectados por tus decisiones. Y todo el mundo se ve afectado. ¿Te echarías al hombro la responsabilidad de tener que decidir qué es lo único que redundaría en beneficio de todos?

¿Cómo ibas a saberlo?

Elegir al Espíritu Santo como nuestro Maestro significa elegir la totalinclusividad de Su perdón y Amor. Nota la repetición del concepto de todos

y todo. El perdón que no abraza a todos no abraza a nadie, y llevar al Espíritu Santo todas nuestras situaciones o personas no perdonadas es la

esencia de pedirle Su ayuda. Elegir retener incluso a una persona o una

situación de Su visión sanadora es equivalente a la decisión de quedarnos

en el infierno y mantener a nuestros hermanos allí (T-31.VIII.1:5).

Necesitamos reconocer esta elección subyacente contra el Cielo cada vez

que busquemos justificar un pensamiento que no perdona, y luego preguntarnos: "¿Es esto realmente lo que quiero?"

(IV.5:1) Antes de tomar cualquier decisión por tu cuenta, recuerda que ya has decidido ir en con-tra de tu función en el Cielo, y luego reflexiona detenidamente acerca de si quieres tomar decisiones aquí. Jesús se burla gentilmente de nosotros no solo por albergar la ilusión de que

podemos tomar decisiones por nuestra cuenta, sino de que incluso quisiéramos tomarlas. Debemos recordar que cualquier decisión basada en

la creencia en la separación, individualidad y especialismo significa que

estamos siguiendo al ego y que, por lo tanto, estaremos equivocados e

infelices. Solo si nos damos cuenta del dolor que nos han traído
nuestras
decisiones equivocadas, estaremos motivados para elegir recordar
nuestra
función de perdón, que contiene el recuerdo de nuestra función
Celestial de
creación.

(IV.5:2) Tu única función aquí es decidir en contra de decidir qué es lo
que quieres, reconociendo que no lo sabes.

Al principio queríamos ser independientes, autónomos y especiales.

Ahora

decidimos en contra de ese deseo, en paralelo con nuestra única
responsabilidad de negar la negación de la verdad (T-12.II.1:5).

Miramos al

ego y vemos la expresión de lo que pensábamos que queríamos, y con
gusto

reconocemos cómo nos falló y no nos trajo la felicidad y la paz que
anhelamos, pero que nunca supimos como alcanzarlas.

Afortunadamente,

nosotros tenemos un hermano mayor que nos enseña los medios para
convertirnos en ese ser feliz y pacífico, el penúltimo paso que nos
despierta

a nuestro Ser.

(IV.5:3-6) ¿Cómo ibas a poder, entonces, decidir qué es lo que debes
hacer? Deja todas las decisiones en manos de Uno que habla por Dios
y

en favor de tu función tal como Él la conoce. De este modo, Él te
enseñará a eliminar la tremenda carga que te has echado encima al no
amar al Hijo de Dios y al tratar de enseñarle culpabilidad en vez de
amor. Abandona ese frenético y demente afán que te priva del gozo de
vivir con tu Dios y Padre, y de despertar felizmente a Su Amor y a Su
Santidad, las cuales, conjuntamente, constituyen lo que es verdad en ti
y hacen que seas uno con Él.

Si no sabemos nada, sobre el problema o su solución, ¿cómo podemos
tomar una decisión significativa? Sin embargo, como alumnos felices,
aprendemos las lecciones del Espíritu Santo sobre cómo deshacer la
culpa

mediante el perdón. La alegría es el resultado inevitable, porque
hemos

decidido con Él despertar a la verdad de nuestra unidad en el Amor y la Santidad. Esta decisión se toma volviendo a la mente, reconociendo la "tremenda carga" de la culpa que hemos puesto sobre nosotros mismos y sobre los demás, y finalmente eligiendo en su contra.

(IV.6:1-3) Una vez que has aprendido a decidir con Dios, tomar decisiones se vuelve algo tan fácil y natural como respirar. No requiere ningún esfuerzo, y se te conducirá tan tiernamente como si te estuviesen llevando en brazos por un plácido sendero en un día de verano. Decidir parece ser algo difícil debido únicamente a tu propia volición.

No experimentamos este proceso como algo fácil debido a nuestra arrogante insistencia en que tenemos razón – que lo que los oídos oyen, los ojos ven y los cerebros interpretan son cosas reales y comprensibles. Se

necesita disciplina persistente para desaprender las mentiras que nos hemos

enseñado a nosotros mismos, pero una vez que lo hacemos, ¿qué podría ser

más natural y encantador que seguir la amable guía de Jesús? Para ello,

primero debemos superar la arrogancia que no solo dice que nuestras percepciones son correctas, sino que debemos construir castillos y reinos,

altares e iglesias, para atestiguar y conmemorar la verdad de nuestros delirios y alucinaciones. De esta manera nunca podremos conocer a Dios,

Cuya realidad espera un poco más allá de nuestra culpa y sus proyecciones:

(IV.7) A menos que seas inocente no puedes conocer a Dios, Cuya Voluntad es que lo conozcas. Por lo tanto, tienes que ser inocente. Mas si no aceptas las condiciones necesarias para saberlo, es que has negado

a Dios y no lo reconoces, si bien, te rodea por todas partes. A Dios no se

le puede conocer sin Su Hijo, cuya inocencia es la condición en la que se

le puede conocer. Aceptar que Su Hijo es culpable es una negación del

Padre tan absoluta que impide que el conocimiento pueda ser reconocido por la misma mente en la que Dios Mismo lo depositó. ¡Si tan sólo escuchases y te dices cuenta de cuán absolutamente imposible es esto! No dotes a Dios de atributos que tú comprendes. Tú no lo creaste, y cualquier cosa que comprendas no forma parte de Él. Este es uno de los temas principales de la sinfonía de Jesús, el cual corrige un error al que son propensos los estudiantes del Curso. Mientras creamos que somos criaturas individuales y separadas, seremos culpables, y ¿cómo podemos recordar al Creador libre de culpa o comprender el mensaje de inocencia del Espíritu Santo? Sólo cuando deshacemos la creencia en la separación a través de nuestras lecciones diarias de perdón, "la condición en la que se le puede conocer", podemos comenzar a apreciar al Dios transmundo y a la Voz que nos llama de regreso a Él. Jesús nos ruega que no creamos en nuestras imágenes antropomórficas de Dios: "No dotes a Dios de atributos que tú comprendes. ... cualquier cosa que comprendas no forma parte de Él". Es nuestra necesidad de preservar nuestras identidades especiales y llenas de culpa la que nos llevan a traer a Dios y al Espíritu Santo al mundo de especialismo, razón por la cual Jesús enfatiza la importancia del contenido sobre la forma: decidírnos por el Hijo sin culpa de Dios mediante el perdón de nuestras proyecciones. Conociendo a nuestro Creador, el Contenido detrás de toda forma, es entonces inevitable. (VI.5:6-7) Él te enseñará cómo usar en tu favor tu poder de decisión, que tú concebiste para substituir tu poder creador. Tú que concebiste el poder de decisión para crucificarte a ti mismo, tie-nes que aprender del

Espíritu Santo cómo utilizarlo en beneficio de la santa causa de la restauración.

Un Curso de Milagros se centra en devolvernos el poder de nuestra mente

para elegir. Hicimos un mal uso de este poder cuando elegimos contra Dios

y Su Amor, pero podemos corregir nuestro error eligiendo en favor de Él.

De hecho, todo en nuestra experiencia del mundo se basa en el poder de

decisión de la men-te. El miedo del ego a perder su yo separado condujo a

la creación del mundo y el cuerpo, dejándonos sin mente e incapaces de

ejercer este poder de elegir en su contra. Cuando finalmente elegimos a

Jesús como nuestro maestro, él nos hace mirar la oscuridad de nuestra culpa, no la de otro, y llevarla a su luz. Así somos perdonados, y el Hijo de

Dios regresa a la vida eterna desde el ataúd del ego en el que lo puso la

crucifixión.

Llevar la oscuridad a la luz – mirar al ego.

(VI.1:1-4) La jornada que juntos emprendemos es el intercambio de la oscuridad por la luz, y el de la ignorancia por el entendimiento. Nada que entiendas puede ser temible. Es sólo en la obscuridad y en la ignorancia donde percibes lo aterrador, y huyes de ello para sumirte en una oscuridad todavía más tenebrosa. Mas sólo lo que está oculto te puede aterrorizar, no por lo que es intrínseca-mente, sino por el hecho de estar oculto.

Recuerda que el problema no es lo que hemos disociado, sino el hecho de

que nos hemos disociado. Veremos con qué frecuencia Jesús vuelve en su

sinfonía a esta importantísima distinción. No deshacemos la oscuridad que

separamos de la luz, sino nuestro deseo en favor de la oscuridad.

Dicho de

otra manera, no es el contenido del recuadro de la mentalidad-errada del gráfico – la creencia en el pecado, culpa y miedo – lo que necesita corrección, sino nuestra decisión en favor de ella. Siempre volvemos al corazón del problema: la elección del tomador de decisiones en contra de Dios. Creemos que los malvados monstruos de la culpa y el ataque acechan en la mente o en el mundo, pero no están allí, la mente que los eligió cree que lo están y que han tomado el lugar del bien. Es esta creencia la que necesita deshacerse, no lo que creemos que es el mal sí mismo. Después de todo, ¿cómo puede ser un problema lo que no existe? Mientras luchamos contra el ego se fortalece la creencia en su realidad, y, si miramos más allá de los velos del especialismo – el escudo protector del sistema de pensamiento del ego – y exponemos lo que se había mantenido oculto, esto nos permite ver el ego como la nada que es. Mirar con los ojos abiertos, el significado de pedir ayuda a Jesús, es cómo se deshace el ego. (VI.1:5-9) Lo tenebroso es aterrador porque no comprendes su significado. Si lo comprendieses estaría claro para ti, y ya no estarías en la oscuridad. Nada tiene un valor oculto, pues lo que está oculto no puede ser compartido, y, por lo tanto, se desconoce su valor. Lo que está oculto se mantiene aparte, pero el valor de algo reside siempre en el aprecio que se le da conjuntamente. Lo que está oculto no puede ser amado, y, así, sólo puede ser temido. Reprimimos nuestro miedo, nacido de la separación, manteniendo así oculto el amor que creemos que nos hará daño. ¿Cómo puede ser dañino el amor? Es solo el esconderlo lo que evita que su luz brille en la mente, y mantenemos esta represión porque no queremos comprender el significado

del amor. Dejar que Jesús nos enseñe a que veamos intereses compartidos en lugar de separados elimina el miedo asociado con la unidad. Lo que estaba oculto se revela ahora a la luz de la verdadera comprensión, y el amor se restaura en la conciencia como lo único que valoramos. (VI.2:1-3) La serena luz en la que el Espíritu Santo mora dentro de ti es sencillamente una luz donde todo está al descubierto, donde no hay nada oculto, y, por ende, donde no hay nada que temer. El ataque siempre cederá ante el amor si se lleva ante éste y no se mantiene oculto de él. No hay tinieblas que la luz del amor no pueda disipar, a menos que se mantengan ocultas de la influencia benéfica del amor. Sobre la base de sus palabras anteriores (T-12.I), Jesús nos enseña que el problema no es el ataque, por más cruel que sea, o el miedo subyacente expresado a través de él, sino simplemente que nuestras mentes tomadoras de decisiones han elegido usar el miedo y el ataque como una defensa contra el amor. Nuevamente, el contenido del cuadro de la mente-errada no es el problema, sino que el poder de la mente para elegir estos contenidos (el punto negro del gráfico en la parte superior de la mente dividida) definitiva-mente es el problema. Pedir ayuda al Espíritu Santo abre la puerta cerrada del miedo, llevando la oscuridad del ego a Su luz sanadora, la cual da la bienvenida al amor en nuestros corazones. (VI.2:4-5) Lo que se mantiene fuera del alcance del amor no puede compartir su poder curativo, pues ha sido separado de él y se ha mantenido en la oscuridad. Los centinelas de la oscuridad la vigilan celosamente, y tú, que fabricaste de la nada a esos guardianes de lo ilusorio, ahora tienes miedo de ellos. Los "guardianes de lo ilusorio" y los "centinelas de la oscuridad" son las defensas del ego, comenzando con pecado-culpa-miedo, luego con negación y proyección, y concluyendo con el mundo. Todos estos están destinados a proteger la individualidad del ego manteniéndola "fuera del

alcance del amor", pero una vez que miramos más allá de su inherente nada,

el ego desaparece, junto con nuestro miedo injustificado. El ego no puede

dar miedo una vez que se reconoce su verdadera naturaleza.

(VI.3:1-6) ¿Vas a continuar otorgándole un poder imaginario a esas extrañas ideas de seguridad? No son ni seguras ni inseguras. No protegen ni tampoco atacan. No hacen nada en absoluto, pues no son nada en absoluto. En cuanto que guardianes de las tinieblas y de la ignorancia no recurras a ellas a no ser que quieras sentir miedo, pues lo

que se mantiene en la obscuridad es temible. Abandónalas, y lo que era temible dejará de serlo.

No se puede decir con suficiente frecuencia que el aparente poder del ego

no descansa en su sistema de defensas, sino en nuestra mente que elige

creer en su realidad. Es solo la creencia en la necesidad de defensas lo que

hace que la separación de la que nos estamos defendiendo sea tan terrible.

Sin embargo, una vez que la miramos, nos damos cuenta de que no es nada

y no puede ser la fuente de nuestro terror. Mirar el ego con Jesús, por lo

tanto, es el núcleo del milagro del Curso, por eso lo necesitamos como nuestro maestro, no para arreglar problemas en el mundo, sino para ayudarnos a cambiar la idea de que hay problemas en el mundo. En otras

palabras, nuestro único problema es la creencia de la mente de que tenemos

un problema – es decir, la culpabilidad – y uno que necesita defensas.

(VI.3:7-4:6) Sin la protección de la obscuridad, lo único que queda es la luz del amor, pues sólo éste tiene significado y sólo él puede vivir en la luz. Todo lo demás no puede sino desaparecer.

La muerte cede ante la vida, simplemente porque la destrucción no es verdad. La luz de la inocencia desvanece la culpabilidad con su fulgor porque, cuando se pone una al lado de la otra, la verdad de una hace que la falsedad de la otra resulte perfectamente evidente. No

mantengas la culpabilidad separada de la inocencia, pues tu creencia de que puedes conservar las dos es una absurdidad. Lo único que has hecho al mantenerlas separadas es perder el significado de ambas al confundir la una con la otra. Y así, no te das cuenta de que sólo una de ellas tiene sentido. La otra no tiene sentido en absoluto. Cuando la ilusión de la culpa y la verdad de la inocencia se juntan, "la luz de la inocencia desvanece la culpabilidad con su fulgor". El ego está aterrorizado por este deshacimiento y, en consecuencia, separa la culpa (mente errada) de la inocencia (mente correcta). Esta disociación se expresa en la creencia de que somos cuerpos inocentes porque otros son culpables: nosotros somos buenos y ellos son malos. Nuestra locura dualista se deshace cuando dejamos de disociarnos y podemos mirar ambos pensamientos, dándonos cuenta de que sólo la inocencia es verdadera. Jesús nos está enseñando que sólo la creencia de que la oscuridad de la culpa y la muerte es real oculta la luz, no el propio sistema de pensamiento del ego. Llevada al mismo lugar en la mente tomadora de decisiones, la verdad del perdón simplemente disuelve la culpa y da paso al mundo real. Permanecemos en este estado santo sólo por un instante más hasta que despertamos a nuestro Ser eterno en Dios, la inocencia regresa a la Inocencia. (VI.7:4-6) Hablas dos lenguajes al mismo tiempo, lo cual no puede sino ser algo ininteligible. Mas si uno de ellos no tiene sentido y el otro lo tiene, sólo este último puede utilizarse para la comunicación. El otro no haría sino obstruirla. A través de la disociación, parece que comunicamos la culpa y la inocencia, el odio y el amor – la esencia del especialismo. Sin embargo, cuando el milagro une a los dos, sólo queda la inocencia del amor. La oscuridad llevada a la luz simplemente desaparece en su propia nada, permitiendo que

la verdadera comunicación del amor sea el amor a sí mismo.

(VI.18) La única función del Espíritu Santo es facilitar la comunicación. Para poder restablecerla, por consiguiente, tiene que eliminar todo lo que la obstaculizaría. No le ocultes nada, por lo tanto, que pudiera obstaculizarla, pues Él no atacará a tus centinelas. Simplemente llévalos ante Él, y permite que Su dulzura te muestre que en la luz no son temibles y que no pueden servir de guardianes de las tenebrosas puertas tras las cuales no hay nada que se encuentre celosamente oculto. Abramos todas las puertas y dejemos que la luz entre a raudales. En el templo de Dios no hay recintos secretos. Sus puertas están abiertas de par en par para recibir a Su Hijo. Nadie puede dejar de acudir allí donde Dios lo ha llamado, a menos que él mismo le dé la espalda a la bienvenida que le extiende su Padre. La culpa "obstaculiza la comunicación" por nuestra creencia en su realidad, tanto en la mente como en la proyección en los cuerpos. Reconocer esto establece que el problema es que nuestras mentes han elegido defenderse contra el Amor de Dios reemplazando su luz con la oscuridad de la culpa. A continuación, nos defendemos de esta oscuridad al hacer un mundo en el que vemos la culpa en los demás. Simplemente, el mirar sin juzgar lo absurdo de esta creencia la deshace, pues no hay necesidad de luchar contra una ilusión, por lo cual la mansedumbre del Espíritu Santo es un modelo importante cuando buscamos corregir los errores de otros: peticiones de amor camufladas como ataques. La última interferencia que se coloca en la verdadera comunicación es que hemos tomado la diminuta y alocada idea de separación en serio, un error que se refuerza cuando reaccionamos al ego de una persona dándole poder para afectar nuestra paz. Sin embargo, unirnos a la suave indefensión del

Espíritu Santo nos recuerda reírnos del pensamiento de que el ego puede interferir con el amor, permitiendo que la suave luz de la Expiación fluya a través de la mente y cure a quienes buscaban excluirla. Siempre que nos veamos tentados a juzgar a otro, necesitamos reconocerlo como una bandera roja que nos advierte que hay algo mal en nuestra mente, no en la de alguien más. Jesús quiere que alcancemos el punto en nuestro viaje en el que ya no queremos bóvedas ocultas en la mente para albergar incluso la más mínima mota de oscuridad (T-31.VIII.12:5), y por eso nos insta a llamar a nuestro Maestro para que nos recuerde Su acogedora verdad del perdón y la Expiación. (VII.1:1-5) ¿Qué deseas? Pues en tus manos está disponer de la luz o de la oscuridad, del conocimiento o de la ignorancia, pero no de ambas alternativas a la vez. Los opuestos deben ponerse uno al lado del otro en vez de mantenerse separados. Pues su separación sólo existe en tu mente, y, al igual que tú, se reconcilian al unirse. En la unión todo lo que no es real inevitablemente desaparece, pues la verdad es unión. Lo que desaparece son nuestras percepciones erróneas de victimización, ya sea que estemos victimizando a otros o que creamos que nos están victimizando. Siempre que te sientas tentado a creer que otros te están excluyendo – siempre una interpretación del ego – debemos darnos cuenta de que somos nosotros los que primero los excluimos a ellos en nuestras mentes. De lo contrario, no habría necesidad de proyectar la culpa. La unión de la que habla Jesús no es de verdad e ilusión, porque lo real nunca puede reconciliarse con lo que no lo es. Más bien, cuando los opuestos de la verdad y la ilusión se unen a través del milagro, lo que nunca fue se disuelve en su propia naturaleza ilusoria, y la realidad de nuestra

unión con la Filiación y su Creador queda como la única verdad. Este conocimiento se refleja en el sueño de ignorancia del ego por nuestro reconocimiento de la igualdad del Hijo de Dios, dándonos cuenta de que las diferencias que percibimos son superficiales e inherentemente irreales. (VII.1:6-8) De la misma manera en que la oscuridad desaparece ante la luz, de igual modo la ignorancia se desvanece cuando alborea el conocimiento. La percepción es el medio a través del cual se lleva la ignorancia ante el conocimiento. La percepción, no obstante, tiene que estar despro-vista de engaño, pues de otra manera se convierte en el mensajero de la ignorancia, en vez de en un ayudante en la búsqueda de la verdad.

La percepción es engañosa cuando involucra las diferencias de uno u otro:

ganadores y perdedores; uno que siente dolor mientras otro siente alegría.

La verdadera percepción del Espíritu Santo (la visión de Cristo) abraza a

todas las personas y no excluye a nadie, siguiendo el principio de juntos, o

no en absoluto, que deshace la ignorancia de la separación y refleja la unidad del conocimiento.

(VII.2) La búsqueda de la verdad no es más que un honesto examen de todo lo que la obstaculiza. La verdad simplemente es. No se puede perder, buscar ni encontrar. Está dondequiera que estés, pues está en tu

interior. Aun así, puedes reconocerla o pasarla por alto, o bien puede ser real o falsa para ti. Si la ocultas, se vuelve irreal para ti por haberla ocultado y haberla revestido de miedo. La verdad yace oculta bajo cada

piedra de miedo sobre la que has erigido tu demente sistema de creencias. Pero no puedes saber esto, pues al ocultar la verdad en el miedo,

no ves razón alguna para creer que mientras más mires de frente al miedo menos lo verás y más claro se hará lo que oculta.

Todo en este mundo vigila en contra de nuestra mirada dentro de la mente,

porque no creemos que, si miramos el sistema de pensamiento del ego,

nuestros problemas desaparecerían. Dentro de nuestras mentes correctas, sin embargo, está el conocimiento de que, si realmente miramos, con el amor de Jesús a nuestro lado, nuestros problemas desaparecen, y no queremos quedarnos sin los cuentos de victimización que nos protegen.

Vemos aquí la prominencia del tema de buscar y hallar. No buscamos honestamente la verdad porque entonces seguramente la encontraríamos,

razón por la cual el ego nos convence de buscarla en el especialismo donde

no se puede encontrar. El Espíritu Santo, por otro lado, nos hace ver las relaciones especiales del cuerpo, el hogar proyectado de la culpa y el miedo

de la mente, para ver más allá de ellos a la verdad: la inocencia del Hijo de Dios.

(VII.4:1) Hemos estado haciendo hincapié en el hecho de que lo indeseable debe llevarse ante lo deseable, y lo que no se desea ante lo que se desea.

Esta simple oración es el quid de Un Curso de Milagros, pero para que este

pensamiento sane tenemos que considerar la culpa como algo indeseable y

luego rechazarla. Al ver como la elección por el ego y su separación ha forjado nuestras vidas y cuán infelices nos ha hecho, elegimos fácilmente

de nuevo – la alegría del perdón en lugar del dolor del ataque.

(VII.6:1-2) El Espíritu Santo te pide esto: que lleves ante Él todos los secretos que le hayas ocultado. Ábrele todas las puertas y pídele que entre en la oscuridad y la desvanezca con Su luz.

Recuerda nuevamente, Jesús no se refiere a lo externo; por ejemplo, curar el

cáncer, conseguir un mejor trabajo, o conseguir la paz mundial. Él sólo habla de mirar dentro de la mente a la oscuridad de nuestro miedo y especialismo, sin juzgar a los demás ni a nosotros mismos. Mirar la culpa es

todo lo que Jesús nos pide, ya que su luz puede disipar suavemente la

oscuridad a medida que se extiende a lo largo de la Filiación para sanar

nuestros "pecados secretos y odios ocultos" (T-31.VIII.9:2)

mencionados

anteriormente.

(VII.6:3-5) Si lo invitas, Él entrará gustosamente. Y llevará la luz a la oscuridad si le franqueas la entrada a ella. Pero Él no puede ver lo que mantienes oculto.

Es precisamente por eso que escondemos nuestra culpa en el cuerpo, buscando el pecado y la maldad afuera y encontrando fallas en otros: al ver

los problemas en el mundo no tenemos que verlos en la mente. De nuevo, a

pesar de los esfuerzos más ingeniosos del ego para ocultar este lugar de

mentalidad-correcta, sabemos que, si miramos dentro, la culpa desaparecería. En consecuencia, el ego ha invertido en que hagamos el

mundo, el cuerpo y sus problemas especiales muy reales para nosotros,

porque eso impide que nuestra mente elija la Expiación del Espíritu Santo

que deshará la oscuridad con su luz curativa.

(VII.6:6-8) Él ve por ti, pero a menos que tú mires con Él, Él no puede ver. La visión de Cristo no es sólo para Él, sino para ti y para Él.

Llévale, por lo tanto, todos tus pensamientos tenebrosos y secretos, y contémploslos con Él.

Satisfacer nuestras necesidades siempre será a expensas de otros, porque la

existencia continua del ego se basa según este principio: si yo me salvo,

otro es condenado; si yo vivo, otro muere; si yo tengo, otro no tiene.

Necesitamos recordar ante todo que los "pensamientos tenebrosos y secretos" como estos existen solo en la mente. Mirar la locura del ego con

Jesús, el significado de la visión de Cristo, nos permite elegir intereses compartidos en lugar de separados: juntos, o no en absoluto en lugar de uno

u otro. El anterior pasaje sobre la necesidad de nuestra participación activa

en la curación de la mente se hace eco de las palabras anteriores de Jesús en nuestra sinfonía: "... te necesito tanto como tú me necesitas a mí" (T8.V.6:10). En otras palabras, la visión debe ser nuestra decisión, y no puede ocurrir sin nuestro deseo.

(VII.6:9-11) Él abriga la luz y tú la oscuridad. Ambas cosas no pueden coexistir cuando las contempláis juntos. Su juicio prevalecerá, y Él te lo ofrecerá cuando unas tu percepción a la Suya.

Nota que no hay nada en esta declaración sobre pedirle al Espíritu Santo

que resuelva los problemas del mundo, sino sólo acerca de llevar lo externo

a lo interno. Cambiar nuestra atención del cuerpo a la mente significa le

hemos pedido al Espíritu Santo que juzgue nuestras tinieblas con Su luz,

aceptando así el regalo sanador de la visión para nosotros mismos.

(VIII.1:1-5) Has escondido en las tinieblas la gloria que Dios te dio, así como el poder con el que Él dotó a Su inocente Hijo. Todo ello yace oculto en cada rincón tenebroso, envuelto en culpabilidad y en la obscura negación de la inocencia. Detrás de las sombrías puertas que has cerrado no hay nada porque no hay nada que pueda opacar el regalo de Dios. El que las hayas cerrado es lo que te impide reconocer el poder de Dios que refulge en ti. No destierres el poder de tu mente, sino permite que todo lo que oculta tu gloria sea llevado ante el juicio del Espíritu Santo para que allí quede disuelto.

Una vez más vemos a Jesús enfatizando que el problema no es lo que hemos reprimido (lo que hay detrás las sombrías puertas), sino el hecho de

que hemos reprimido (el acto de cerrar las puertas). Ya que no estamos reprimiendo nada, porque la separación y la culpa son ilusorias, el problema

es nuestra creencia de que la nada es algo. Invitar al juicio del Espíritu Santo a nuestras mentes, restaurando el poder de decisión de la mente, nos

permite ver el sistema de pensamiento del ego por lo que es: un intento

lamentable de ocultar la gloria de Dios, la cual es nuestra por ser Su único

Hijo amado.

(IX.1:1-4) La Expiación no te hace santo. Fuiste creado santo. La Expiación lleva simplemente lo que no es santo a la santidad; o, en otras palabras, lo que inventaste ante lo que eres. Llevar ilusiones ante la verdad, o el ego ante Dios, es la única función del Espíritu Santo. La función del Espíritu Santo no es hacernos felices en el mundo. Él simplemente deshace nuestra culpa cuando se la llevamos. Él no es de ninguna ayuda a menos que nuestras mentes tomadoras de decisiones lo

utilicen como un medio de llevar las percepciones erróneas externas a las

percepciones erróneas internas, mirando la oscuridad de nuestro pensamiento impío con Su luz. Para reiterar, podemos decir que el único

propósito del Espíritu Santo es corregir nuestros errores, permitiendo así

que brille la santidad de la verdad. Por cierto, podemos ver cuán consistentemente Jesús hace sus afirmaciones no-dualistas sobre la irreconciliabilidad de la verdad y la ilusión – en presencia de una, la otra

debe desaparecer.

(IX.1:5) No trates de ocultarle al Padre lo que has hecho, pues ocultarlo te ha costado no conocerte a ti mismo ni conocer a Dios.

Cuando mantenemos oculta la culpa de la mente por la separación, nuestra

elección por la oscuridad de la creación falsa parece irrevocable y estar por

siempre más allá de la corrección, lo cual es la meta perenne del ego.

(IX.2:1-5) Llevar el ego ante Dios no es sino llevar el error ante la verdad, donde queda corregido por ser lo opuesto a aquello con lo que se encuentra. Allí queda disuelto porque la contradicción no puede seguir en pie. ¿Por cuánto tiempo puede seguir en pie la contradicción una vez que se ha expuesto su absoluta imposibilidad? Lo que desaparece en la luz no es atacado. Simplemente desaparece porque no

es verdad.

No atacamos al ego ni lo resistimos, simplemente miramos su sistema de

pensamiento de separación y lo observamos disolverse en su propia nada.

El ego existe solo porque nuestras mentes han elegido creer en él, y oponerse a él de cualquier manera fortalece la creencia en la ilusión.

Retirar

la creencia, sin embargo, lo que nosotros hacemos cuando miramos al ego a

través de la visión de Cristo, literalmente lo hará desaparecer, ya que nunca

había estado allí. Por eso el perdón es una respuesta conductual totalmente

pasiva, como leemos en esta declaración del libro de ejercicios citada anteriormente: “El perdón ... es tranquilo y sosegado, y no hace nada. ...

Simplemente observa, espera, y no juzga” (L-pil.1.4:1,3). Mirar el ego sin

juzgar sigue siendo el medio definitivo de la salvación, porque sólo el perdón le recuerda a la mente que la culpa que ha elegido y juzgado no es

real. Literalmente perdonamos lo que nunca sucedió, y esto permite que la

verdad de la Expiación sea nuestra única elección.

(IX.2:6-11) La idea de que hay diferentes realidades no tiene sentido, pues la realidad es una sola. La realidad no cambia con el tiempo, el estado de ánimo o la ocasión. Su naturaleza inmutable es lo que hace que sea real. Esto no se puede deshacer. El proceso de deshacimiento sólo es aplicable a la irrealdad. Y eso es lo que la realidad hará por ti. No podemos deshacer la verdad, aunque el ego quiere hacernos creer que lo

hicimos; la inmutabilidad, después de todo, significa no puede haber cambio. Pero podemos deshacer la irrealdad, lo cual ocurre cuando la miramos con el reflejo de la realidad, el principio de Expiación, junto a nosotros. No es necesario buscar la realidad del amor, pero sí es necesario

buscar y encontrar los pensamientos irreales que elevamos al nivel de verdad (ver T-16.IV.6:1-2), perdonándonos a nosotros mismos y otros por lo

que nunca sucedió.

(IX.3:1-4) La verdad, simplemente por ser lo que es, te libera de todo lo que no es verdad. La Expiación es tan dulce, que basta con que la llares con un leve susurro para que todo su poder acu-da en tu ayuda

y te preste apoyo. Con Dios a tu lado no puedes ser débil. Pero sin Él no eres nada.

Ésta es una expresión encantadora de “la pequeña dosis de buena voluntad”,

a la que volveremos más adelante (T-18.IV). “La Expiación es tan dulce,

que basta con que la llares con un leve susurro”. Lo que Jesús necesita de

nosotros es una “pequeña dosis de buena voluntad” para cuestionar la aparente realidad de nuestros juicios. Esto nos permite comprender el milagro, el cual nos recuerda que todo lo que pensamos es falso: “El milagro establece que estás teniendo un sueño, y que su contenido no es

real” (T-28.II.7:1).

Mirando a través de los dulces ojos del milagro, nos damos cuenta de que

solo hay un problema. Nuestro problema no son las cosas terribles que hace

la gente, ni lo que pensamos que hemos hecho, sino simple-mente que nuestras mentes decidieron que la culpa era preferible al amor. Todos los

problemas del mundo se derivan de este único error de elegir la culpa, la

cual es nuestra debilidad. Sin embargo, esta debilidad se desvanece suavemente ante la poderosa fortaleza de Dios cuando lo elegimos en lugar

del ego. Es por eso que debemos aprovechar el poder de las lecciones de

perdón del Espíritu Santo, como ahora leemos:

(XI.4:4-9) Esta lección [del Espíritu Santo] refulge con la gloria de Dios, pues en ella reside Su poder, que Él gustosamente comparte con Su Hijo. Aprende lo que es Su felicidad, la cual es también la tuya. Mas para alcanzar esto tienes primero que estar dispuesto a llevar todas las lecciones tenebrosas que has aprendido ante la verdad, y depositarlas de buen grado con manos que estén abiertas listas para recibir, y no cerradas para agarrar. Toda lección tenebrosa que lleves ante Aquel que enseña lo que es la luz, Él la aceptará, puesto que tú ya no la desees. E intercambiará gustosa-mente cada una de ellas por la luminosa lección que Él ya aprendió por ti. Jamás creas que cualquier

lección que hayas aprendido separado de Él tiene significado alguno. Esta afirmación final de la sección resume nuestra necesidad de mirar con los ojos abiertos el sistema de pensamiento de culpa y ataque del ego. Sólo entonces podemos aprender que no estamos mirando nada, sino solo a una defensa contra el amor que lo es todo. La oscuridad en sí misma no tiene sustancia, sino que existe únicamente debido a la creencia de la mente en ella. Retirar esa creencia, lograda al elegir al Espíritu Santo como nuestro Maestro, revela la luz que está más allá de las tenebrosas bóvedas del pecado y el miedo. El milagro, nuestro próximo tema, refleja la elección por la visión del Espíritu Santo.

El milagro.

(VII.7:5-7) Ver con Él [el Espíritu Santo] te mostrará que todo significado, incluyendo el tuyo, no procede de una visión doble, sino de la dulce fusión de todas las cosas en un solo significado, una sola emoción y un solo propósito. Dios tiene un solo Propósito, y lo comparte contigo. La única visión que el Espíritu Santo te ofrece brindará esta unicidad a tu mente con una claridad y una luminosidad tan intensas que por nada del mundo dejarías de aceptar lo que Dios quiere que tengas.

Tanto el ego como el Espíritu Santo tienen un significado, una emoción y

un propósito. Para el ego, es establecer la separación como algo real a través de la culpa y el miedo. Para el Espíritu Santo, decirnos que nos corresponde a nosotros mirar la culpa y deshacerla viendo su nada.

Este es

el papel del milagro: ver todo como uno (o lo mismo), reflejando la unicidad de la creación del Cielo y nuestro ferviente deseo de volver a ella.

Es por eso que Un Curso de Milagros es simple. A través de su visión curativa, todo se ve como una expresión de amor o una petición de él (T12.I), lo que significa que nuestra respuesta es una – amor. Esta idea se

repite en “La igualdad de los milagros”:

(X.6:3-6) El milagro responde siempre de la misma manera ante cualquier petición de ayuda. No la juzga. Simplemente reconoce lo que es y responde consecuentemente. No se detiene a considerar qué petición es más importante, más urgente o más apremiante.

Jesús describe una vez más lo simple que es su proceder.

Independientemente de los comportamientos variables y de los valores dispares del mundo, hay una única respuesta cuerda a todos ellos: el milagro del perdón que refleja el amor del Cielo. Esta corrección nos permite trascender el mundo de limitaciones que nos tenía atados a la ignorancia de la verdad. Experimentamos esta verdad al percibir la igualdad

del Hijo de Dios dentro de la ilusión, donde todos compartimos la misma

mente dividida: ego, Espíritu Santo, tomador de decisiones.

(X.2:4) Vosotros en la tierra no tenéis idea de lo que significa no tener límites, pues el mundo en el que aparentemente vivís es un mundo de límites.

No podemos entender nada aquí porque nuestra percepción está mediada

por un sistema de pensa-miento distorsionado por la creencia en la separación y la limitación, desmintiendo la unidad inherente de los Hijos de

Dios que la visión nos permite ver.

(X.2:5-7) No es cierto que en este mundo pueda ocurrir algo que no conlleve grados de dificultad. El milagro, por lo tanto, tiene una función única, y lo inspira un Maestro único que trae las leyes de otro mundo a éste. Obrar milagros es lo único que puedes hacer que trasciende la idea de grados de dificultad, pues los milagros no están basados en diferencias sino en la igualdad.

No existe una jerarquía de ilusiones, porque cada una es igual a todas, ya

que cada ilusión proviene del error de elegir el ego. No hay grados de dificultad en los milagros, ya que cada problema es resuelto de la misma

manera: llevar nuestra elección en favor de las ilusiones a la verdad de la

Expiación del Espíritu Santo. Esto no tiene sentido en un mundo donde imperan los grados de dificultad, razón por la cual el milagro debe llegar

desde el mundo de la mentalidad-correcta que trasciende el universo espacio/temporal donde la separación es la realidad y las diferencias abundan. Es esta igualdad de problema y solución la que establece la simplicidad de Un Curso de Milagros, en teoría y práctica:

(X.6:7-15) Tal vez te preguntes por qué se te pide que hagas algo que no

requiere que emitas ningún juicio, cuando todavía eres prisionero de los juicios. La respuesta es muy simple: el poder de Dios, no el tuyo, es el que engendra los milagros. El milagro en sí no hace sino dar testimonio de que el poder de Dios se encuentra dentro de ti. Ésa es la razón de que el milagro bendiga por igual a todos los que de alguna manera son partícipes en él, y ésta es también la razón de que todos sean

partícipes en él. El poder de Dios es ilimitado. Y al ser siempre máximo, ofrece todo a cualquiera que se lo pida. No hay grados de dificultad en esto. A una petición de ayuda se le presta ayuda.

En el sistema de pensamiento del ego, todo es complicado. Para tener nuestras necesidades satisfechas a expensas de otros, debemos considerar

una multitud de cuestiones y participar en una planificación constante. Construir un sistema de alianzas, a nivel personal e internacional, es sumamente complejo y difícil de lograr. Eso requiere un gran esfuerzo para

convencer a la gente de que esté con nosotros, mientras que al mismo tiempo necesitamos demostrar el caso contra los malhechores. El milagro

atraviesa todo esto con su simplicidad, viendo a todos como dementes. Mientras la gente crea que está aquí, estará enojada, porque aquí solo viene

la gente loca, como el Gato de Cheshire le observó a Alicia. El milagro, que

aguarda nuestra decisión en favor de él, le ofrece todo a todos, reflejando el

primer principio de los milagros – "Todas las expresiones de amor son máximas" (T-1.I.1:4) – y el poder ilimitado de Dios.

(X.7:1-2) El único juicio involucrado en esto es que el Espíritu Santo divide la petición en dos categorías: una en la que se extiende amor y la

otra en la que se pide amor. Tú no puedes hacer esa división por tu cuenta sin riesgos, pues estás demasiado confundido como para

reconocer el amor, o para creer que cualquier otra cosa no es sino una petición de amor.

No podemos entender cómo todos somos iguales porque las personas parecen muy diferentes y creemos en jerarquías. Creemos, por ejemplo, que

hay una diferencia entre albergar un pensamiento cruel, pronunciar una

palabra dura, o arrojar una bomba. Creemos en los niveles de asesinato (que

si lo hacemos nosotros está justificado, pero no si lo hacen los demás); toleramos nuestros pensamientos de odio, pero no los de los demás.

Esta

creencia en una complicada jerarquía de ilusiones es la locura del mundo;

sin embargo, paradójicamente, este curso es difícil precisamente porque es

simple. Nos enseña que todos estamos igualmente locos, lo que significa

que todos necesitamos la misma corrección: la cordura del milagro que nos

permite responder con amor a las algunas veces crueles, aunque locas, peticiones de amor. La visión no ve nada más. Aquí está nuestra salvación

de la loca creencia de la mente en el pecado y la culpa, y de la experiencia

corporal de un trato injusto que justifica el ataque.

(X.11:4-6) Ninguna interpretación que hagas de un hermano tiene sentido. Deja que el Espíritu Santo te muestre a tu hermano y te enseñe

tanto su amor como sus peticiones de amor. Ni tu mente ni la de tu hermano albergan otros órdenes de pensamiento que no sean estos dos.

No existe nada en nuestras mentes erradas, excepto el pensamiento de

culpa, ya que la Expiación es el único pensamiento en nuestras mentes correctas. Uno es real, el cual nos fue dado; el otro falso, lo que hicimos

como sustituto de lo que es cierto. Cuando estamos en la mentalidad errada,

nuestras interpreta-ciones carecen de sentido, porque pertenecen a la locura del ego de pensar lo contrario. Aun así, la cordura del Espíritu Santo reinterpreta el sistema de pensamiento de miedo del ego como si fuera una petición del amor que el Hijo se ha negado a sí mismo y que no cree que merece. Ninguna otra percepción que estas dos – amor y una petición de amor – es posible, porque solo estos dos pensamientos son verdaderos dentro del mundo de la ilusión.

(X.12:1-3) El milagro es el reconocimiento de que esto es verdad. Allí donde hay amor, tu hermano no puede sino ofrecértelo por razón de lo que el amor es. Pero donde lo que hay es una petición de amor, tienes que dar amor por razón de lo que eres.

Esto simplifica nuestras respuestas. San Juan de la Cruz, el gran poeta y místico Carmelita del siglo XVI, escribió: "Donde no hay amor, pon amor y encontrarás el amor". Si no experimentamos el amor es porque no lo hemos puesto ahí. Si en cambio experimentamos con juicio el pecado y la maldad en otros, habremos retenido el amor y los habremos puesto a ellos en su lugar. Cuando Jesús es nuestro maestro, la respuesta de la mente hacia otros es siempre la misma. Si la gente expresa amor, nuestro amor no puede evitar ser devuelto; si lo piden, nuestro amor solo puede ser la respuesta.

Como la famosa canción de Rodgers y Hart "Johnny One Note", la única nota posible que cantemos es el amor. Esta simplicidad de Un Curso de Milagros, sin embargo, se oscurece cuando confundimos forma y contenido

– cuerpo y mente – tema al que ahora nos dirigimos brevemente. Forma y contenido.

Comenzamos con un pasaje que refleja la declaración citada anteriormente:

"Nada es tan cegador como la percepción de la forma" (T-22.III.6:7). En este mundo las cosas parecen diferentes – la violación es peor que un

pensamiento cruel, porque ejemplo – porque miramos la forma y no el contenido enterrado en la mente. La distinción es crucial si vamos a progresar con este curso.

(X.7:3-6) Estás demasiado aferrado a la forma, y no al contenido. Lo que consideras el contenido no es el contenido en absoluto. Es simplemente la forma, y nada más que la forma. Pues no respondes a lo que un hermano realmente te ofrece, sino a la percepción particular que tienes de su ofrecimiento tal como el ego lo juzga.

No miramos el contenido subyacente del miedo de la mente que subyace al

ataque. Más bien, percibimos solo lo que el ego quiere que percibamos: la

proyección de los pecados secretos que no queremos ver en nosotros mismos. No escuchamos la petición de amor de otros, porque no queremos

escuchar la nuestra.

(X.8:1-6) El ego es incapaz de entender lo que es el contenido, y no se interesa en él en absoluto. Para el ego, la forma es aceptable si el contenido lo es también. De otro modo, atacará la forma. Si crees que entiendes algo de la “dinámica” del ego, déjame asegurarte que no entiendes nada. Pues por tu cuenta no podrías entenderla. El estudio del ego no es el estudio de la mente.

Cuando buscamos comprender el ego, creemos que podemos dar sentido a

lo que él hace, específicamente a su elaborado sistema defensivo para

protegerse de ser visto a la luz de la verdad. Sin embargo, el ego no tiene

sentido cuando miramos su loco propósito, que es matar a Dios y estar separado de Él. Esto explica por qué Jesús nos dice que miremos solo este

propósito, lo cual hacemos cuando estudiamos a la parte tomadora de decisiones de la mente que eligió en contra del Espíritu Santo como nuestro

Maestro. Veremos una idea similar expresada en la introducción a "Las leyes del caos" (T-23.II.1), donde Jesús explica que, si bien estas leyes locas

no pueden entenderse, su propósito sí puede ser entendido. Este propósito,

para repetir, es mantenernos en un estado perpetuo de ausencia de mente en el que no tenemos conciencia de nuestro poder para elegir en favor del Espíritu Santo. Siguiendo la estrategia del ego, el cuerpo (forma) actúa como un velo de amnesia que previene que nosotros recordemos a la mente (contenido) y que podríamos elegir contra la separación y en favor de la

Expiación. Jesús continúa:

(X.8:7-9) De hecho, al ego le encanta estudiarse a sí mismo, y aprueba sin reservas los esfuerzos que, para “analizarlo”, llevan a cabo los que lo estudian, quienes de este modo demuestran su importancia. Lo único que estudian, no obstante, son formas desprovistas de todo contenido significativo. Su maestro no tiene sentido, aunque les oculta ese hecho con gran celo tras palabras que parecen ser muy elocuentes,

pero que cuando se enlazan revelan su falta de coherencia.

Es una referencia a la teología, la psicología, la biología, la economía, etc.

Aunque sus palabras pueden parecer ser muy elocuentes, estas disciplinas

realmente no significan nada (para citar a Macbeth) porque no ven el contenido subyacente: el deseo de la mente de sustituir a Dios. Al ver la

imposibilidad inherente de tal pensamiento loco, sonreímos ante su absurdo

sin sentido, reconociendo las sutilezas de la estrategia del ego de hacer que

nos enfoquemos solo en la forma del cuerpo a expensas del contenido de la mente.

Al juzgar por la forma en lugar de por el contenido, establecemos jerarquías

de ilusiones para los pensamientos que parece ser de mentalidad-errada y

de mentalidad-correcta. Podemos pensar que algunos aspectos de la "obra

de Dios" son más importantes que otros; que, por ejemplo, dar una conferencia sobre Un Curso de Milagros es más importante que arreglar la

rotura de un caño de agua o de ayudar a alguien a cruzar la calle.
Jesús nos
ayuda a deshacer esta creencia fundamental del ego al establecer en
su lugar
la visión del Hijo de Dios como una igualdad en la inocencia y una
unidad
en el amor:
(V.2:1-2) Todo el mundo tiene un papel especial en la Expiación, pero el
mensaje que se le da a cada uno de ellos es siempre el mismo: El Hijo
de Dios es inocente. Cada uno enseña este mensaje de modo
diferente, y
lo aprende de modo diferente.
Podemos recordar una declaración similar de las primeras páginas del
manual para el maestro:
Cada maestro de Dios tiene su propio curso. La estructura de éste
varía enormemente. ... El contenido del curso, no obstante, nunca
varía. Su tema central es siempre: "El Hijo de Dios es inocente, y en
su inocencia radica su salvación". Esto se puede enseñar con
acciones o con pensamientos; con palabras o sin ellas; en cualquier
lenguaje o sin lenguaje; en todo lugar o momento, o en cualquier
forma. (M.1.3:1-2,4-6)
Cada uno de nosotros tiene el mismo papel que desempeñar en el plan
del
Espíritu Santo. Las formas a través de las cuales expresamos este
papel
difieren ampliamente, pero el contenido es uno: la elección de la
Expiación
en lugar de la culpa. Las variadas formas que reflejan nuestra elección
son
irrelevantes, porque lo importante es simplemente que nuestras
mentes
hayan elegido ese único contenido. Si no hay una jerarquía de ilusiones
(las
formas) en términos de ataque (el contenido), no puede haber
jerarquía de
ilusiones en términos de perdón o Expiación. Solo existe el cambio de
mente del Hijo y la decisión por un maestro diferente. Esta única
elección,
cuyo potencial está en todos nosotros, presagia el fin del especia-lismo

porque acaba con la creencia de que las diferencias en la forma marcan la diferencia.

(V.6:1-4) Los maestros de la inocencia, cada uno a su manera, se han unido para desempeñar el papel que les corresponde en el programa de estudios unificado de la Expiación. Aparte de este programa no hay nada más que tenga un objetivo de enseñanza unificado. En este programa de estudios no hay conflictos, pues sólo tiene un objetivo, no importa cómo se enseñe. Todo esfuerzo que se haga en su favor se le ofrece a la eterna gloria de Dios y de Su creación con el solo propósito de liberar de la culpabilidad.

Bajo la suave mano del perdón, el mundo de la multiplicidad y de los intereses separados del ego cede ante la unidad de propósito que nos une

como Hijo de Dios. La culpa que nació de la separación desaparece en la

inocencia de la unidad perfecta que surge en nuestras mentes que despiertan. Mientras la sinfonía de Jesús se convierte en perdón, damos

gracias por el regalo del Cielo que ahora afirmamos que es nuestro. Nuestros corazones cantan de alegría en feliz reconocimiento de los medios

del Espíritu Santo para abrir nuestros ojos a la gloriosa verdad de nuestra

realidad como espíritu, el Cristo que Dios creó uno con Él.

Perdón.

(II.4:1-5) Al igual que tú, el Espíritu Santo no creó la verdad. Al igual que Dios, Él sabe que la verdad es verdad. El Espíritu Santo lleva la luz de la verdad a las tinieblas y deja que resplandezca sobre ti. Y a medida que resplandece en ti, tus hermanos la ven, y al darse cuenta de

que esta luz no es obra tuya, ven en ti mucho más de lo que tú mismo ves. Ellos serán los felices alumnos de la lección que esa luz les muestra

porque les enseña a liberarse de lo que no es nada y de todas las obras

de lo que no es nada.

Aprendemos este curso practicando sus principios y lo enseñamos al

demostrarlo. No es la forma de lo que hacemos lo que es importante, sino la expresión tranquila de la paz que hemos elegido. De esta manera nosotros reflejamos la luz de la Expiación que brilla en las mentes oscurecidas por pensamientos de culpa y ataque. Aprendiendo la lección del Espíritu Santo para liberarnos de cualquier tipo de sufrimiento, ¿quién no podría ser feliz?

¿Y quién no se regocijaría al darse cuenta de que a cambio de todos los maravillosos tesoros que nos esperan, renunciamos a lo que no era nada (T16.VI.11:4)? Nuestros sueños de pecado y culpa, víctima y victimario no tuvieron ningún efecto sobre la verdad de nuestra Identidad; la luz de Dios nunca ha dejado de brillar, incluso en medio del tenebroso mundo del pecado y la muerte del ego.

(II.4:6-8) No podrán ver que las pesadas cadenas que parecen atarlos a la desesperación no son nada hasta que tú les lleves la luz. Se darán cuenta entonces de que las cadenas han desaparecido y de que, por lo tanto, no podían haber sido nada. Y tú te darás cuenta de esto junto con ellos.

Ofrecemos un ejemplo de alguien que ha elegido ser libre en lugar de estar aprisionado por las cadenas de la culpa. Cómo la luz liberadora se extiende a través de nosotros no es de nuestra incumbencia, porque hemos hecho nuestra parte en la Expiación, que es ver la nada del ego por lo que es. Habiendo aprendido a no tomarlo en serio (recordando reírnos – T27.VIII.6:2), permitimos que la luz de la libertad deshaga los grilletes ilusorios del miedo y así llamamos a nuestros hermanos a hacer lo mismo.

Esto no solo presagia el fin del reinado de la oscuridad del ego para ellos, sino que fortalece la luz en nosotros mismos – juntos, o no en absoluto. (III.5:1-3) El milagro te enseña que has optado por la inocencia, la libertad y la dicha. El milagro no es causa sino efecto. Es el resultado

natural de haber elegido acertadamente, y da testimonio de tu felicidad, la cual procede de haber elegido estar libre de toda culpa. El punto de Jesús es que el milagro, el cual devuelve nuestra atención a la mente tomadora de decisiones, es el resultado de haber elegido el sistema de pensamiento del perdón del Espíritu Santo que deshace la creencia en la realidad de la culpa. La felicidad y la dicha son el resultado inevitable a medida que nos liberamos de las cadenas de la oscuridad y caminamos hacia la luz de la paz eterna.

(III.5:4-7) Todo aquel a quien ofreces curación, te la devuelve. Todo aquel a quien ofreces ataque lo conserva y lo atesora guardándote rencor por ello. El que te guarde rencor o no es irrelevante: tú creerás que lo hace. Es imposible ofrecerle a otro lo que no desees sin recibir esta sanción.

Piensa en la línea del Capítulo 11: “Si no te habla de Cristo, es que tú no le hablaste de Cristo a él” (T-11.V.18:6). Si percibimos que las personas nos atacan, no siendo semejantes a Cristo, es solo porque los atacamos primero.

Esto no tiene nada que ver con su comportamiento real, sino solo con cómo pensamos en ellos: la percepción es interpretación. Nuestra creencia de que los demás nos ignoran o nos reprenden – siendo insensibles, rechazantes o crueles – viene solo porque creemos en secreto que le hemos hecho lo mismo a ellos; de lo contrario, no podríamos percibirlos de esa manera. Para repetir nuestro pensamiento anterior: no importa lo que otros hayan hecho (o no hayan hecho), nuestras acusaciones por no ser como Cristo son el resultado de la creencia de que somos así – si no en comportamiento (forma), ciertamente en pensamiento (contenido). Sin esa percepción errónea, veríamos el ataque solo como la petición de amor que es. Esto nos

libera de la prisión de creer que lo que otros hacen puede afectarnos, y por fin somos capaces de escuchar en su ataque percibido las expresiones de miedo que claman por el amor que no creen merecer. De nuevo, al nosotros estar libres del ego y su sistema de pensamiento de culpa-ataque-defensa, les demostramos a los demás a través de nuestra indefensión, la libertad de las cadenas del miedo del ego.

(III.6:2-5) Cada oportunidad que se le da [al Hijo de Dios] para sanar es otra oportunidad más de reemplazar las tinieblas por la luz y el miedo por el amor. Si la rechaza, se condena a sí mismo a las tinieblas, puesto que no eligió liberar a su hermano y entrar con él en la luz. Al otorgarle poder a lo que no es nada, desperdicia la gozosa oportunidad de aprender que lo que no es nada no tiene ningún poder. Y al no disipar las tinieblas, se vuelve temeroso de ellas y de la luz.

Cada vez que nos sentimos tentados a justificar nuestra ira o enojo, debemos pedirle ayuda a Jesús para reconocer la oportunidad de liberarnos de la oscuridad de nuestra propia culpa, reemplazándola con la luz de su

amor. Sin embargo, si persistimos en tener razón sobre lo que nos preocupa

– algo externo a nuestras mentes tomadoras de decisiones – simplemente

reforzamos el miedo a este amor que amenaza nuestro yo individual, además de temer a la oscuridad del mundo que el ego nos dice que podría

hacernos daño. Esto, entonces, nos impide escuchar el mensaje de Jesús de

que la oscuridad no tiene poder, porque ¿cómo podría lo que no existe afectar la realidad?

(III.6:6-7:1) El gozo que resulta de aprender que las tinieblas no tienen poder alguno sobre el Hijo de Dios es la feliz lección que el Espíritu Santo enseña, y que desea que tú enseñes con Él. Enseñarla es Su gozo,

tal como será el tuyo.

Así es como se enseña esa simple lección: la ausencia de culpa es

invulnerabilidad.

La lección es que la oscuridad del ego no tiene poder sobre la luz del Cielo.

Nos damos cuenta de este hecho feliz cuando llevamos las sombras de la

culpa a la radiante verdad del perdón, y vemos con qué rapidez nuestro

dolor, ira y miedo desaparecen ante la presencia del amor que brilla en nuestras mentes. Al convertirnos en un ejemplo de luz para los demás, enseñamos mediante esta demostración que la lección de la Expiación del

Espíritu Santo es cierta: el Hijo de Dios permanece tal como Dios lo creó:

eternamente libre de culpa, e invulnerable a las mentiras de separación,

ataque y muerte del ego.

(III.7:2-7) Por lo tanto, pon de manifiesto tu invulnerabilidad ante todo el mundo. Enséñales que no importa lo que traten de hacerte, tu perfecta libertad de la creencia de que algo puede hacerte daño demuestra que ellos son inocentes. Ellos no pueden hacer nada que te haga daño, y al no dejarles pensar que pueden, les enseñas que la Expiación, que has aceptado para ti mismo, es también suya. No hay nada que perdonar. Nadie puede hacerle daño al Hijo de Dios. Su culpabilidad es totalmente infundada, y al no tener causa, no puede existir.

Esta declaración es la suma y sustancia de Un Curso de Milagros, el corazón del perdón. Nosotros hablamos de ella antes, especialmente en los

comentarios de Jesús sobre la crucifixión (T-6.I), y volvemos a este tema

central ahora. El principio de causa y efecto es la esencia de la actividad

mundial. El ego enseña que nuestro pecado contra Dios tuvo los efectos

desastrosos de Su iracundo castigo. Proyectando nuestro pecado percibido

en otros, buscamos convertirlos en la causa de nuestra infelicidad. El dolor

y el sufrimiento se convierten en el efecto que señala con un dedo acusador

que les dice a todos: "Tú me hiciste esto". En otras palabras: "Mírame hermano, por tu culpa muero" (T-27.I.4:6). Al mostrarles a los demás – a todas las personas, sin excepción – cuánto hemos sufrido por lo que nos hicieron, les enseñamos que nuestro dolor es el efecto que da testimonio de su pecado como causa. Y que serán castigados en lugar de nosotros. Si, por otro lado, les mostramos a las personas que no importa lo que hayan hecho – incluso infligiendo dolor – nuestro amor no se ha visto afectado, les enseñamos que su pecado no tuvo ningún efecto: "Contém-plame hermano, gracias a ti vivo" (T-27.I.10:7). Siguiendo la lógica de Jesús, si les mostramos a nuestros socios especiales que su pecado no tuvo ningún efecto, decimos que el pecado no fue una causa porque no ha hecho nada. Si no es una causa, no existe, porque todo aquí afecta a todo lo demás. Todas las cosas del mundo son una causa. Nuestra respiración, por ejemplo, tiene efectos sobre los microorganismos que nos rodean. Para que algo exista, debe causar algo, por lo que, si podemos demostrar que el pecado no causa nada – es decir, que no nos ha cambiado a nosotros – damos fe de su inexistencia. Entonces, así es como demostramos la verdad del Curso y cómo demostramos que el amor de Jesús está vivo y en buen estado dentro de nosotros: no importa lo que se haya dicho o hecho, tenemos el mismo amor por los demás que teníamos antes del aparente ataque. No importa de qué nos acusamos, no importa lo que el mundo pueda pensar sobre lo que nuestros enemigos percibidos nos han hecho, demostramos que el pecado no tuvo ningún efecto en el amor y la paz dentro de nosotros, lo que significa que el amor y la paz también están en ellos. En resumen, los

"pecados" del mundo no tuvieron ningún efecto, y, por lo tanto, no son una causa y no pueden existir – el significado del perdón. Además, aprendemos esta lección por nosotros mismos al ver que la causa aparente de nuestro ataque a Dios no ha afectado nada. Él todavía nos ama. Solo tenemos que llevar la oscuridad de nuestra culpa a la luz de Expiación del Espíritu Santo para aprender que nuestro Creador no nos abandonó, rechazó ni castigó. De hecho, ni siquiera sabe que lo abandonamos porque nunca lo hicimos. Este es el principio de la Expiación, donde Nuestro Maestro nos dice gentilmente: "¿Qué "diminuta y alocada idea"?; "No se perdió ni una sola nota del himno Celestial"; nada ha cambiado, porque el Hijo de Dios todavía es uno con su Padre". Una vez más, enseñando este principio es cómo aprendemos que nuestro aparente pecado contra Dios no tuvo ningún efecto, y por lo tanto no es una causa y no existe. A medida que aprendemos esta única lección, la demostramos y nos brindamos amplias oportunidades para demostrarla porque siempre estamos atacando, a los demás y a nosotros mismos. Sin embargo, Jesús nos enseña que nuestros pensamientos y comportamientos dementes no tienen base en la realidad: el Hijo de Dios nunca ha abandonado Su Fuente, y así, una vez más, Él tampoco nos ha abandonado. El amor no abandona, rechaza ni traiciona. Fueron solo las proyecciones de nuestra culpa secreta lo que nos llevó a creer que sí, una creencia que en nuestra locura perversa hemos buscado demostrar una y otra vez en nuestras relaciones especiales, incluso soportando el dolor físico y emocional para demostrarlo.

(III.8:1-6) Dios es la única Causa, y la culpabilidad es algo ajeno a Él. No le enseñes a nadie que te ha hecho daño, pues si lo haces, te estarás enseñando a ti mismo que lo que es ajeno a Dios tiene poder sobre ti. Lo que no tiene causa no puede existir. No des testimonio de ello, ni fomentes el que ninguna mente lo crea. Recuerda siempre que la mente es una, y que la causa es una. No aprenderás a comunicarte con esta unicidad hasta que no aprendas a negar lo que no tiene causa y a aceptar como tuya la Causa que es Dios. Dios nuestra Fuente es la Primera Causa, sin Segunda, como veremos más adelante. Ya que nosotros, Su creación, somos uno con Él y nunca hemos abandonado Su perfecta Unicidad, no puede haber separación ni culpa. Sin embargo, siempre que afirmamos la separación de los demás, mediante cualquier forma de especialismo, decimos que el ego es real y que es la causa del pecado, la culpa y el miedo, como así también del mundo. Sin embargo, Jesús nos está enseñando que no hay ningún mundo porque su causa aparente es irreal, y lo que es irreal no puede tener efectos. El perdón, por lo tanto, operando dentro del sueño, traduce la ilusión desde lo metafísico a lo práctico; es decir, es una ilusión creer que cualquier persona o cosa puede tener el poder de afectar nuestras mentes y ser la causa de nuestra angustia. Esto refleja el principio de Expiación de que en la aparente separación el ego tenía poder sobre Dios. Al practicar la indefensión que es el sello distintivo del perdón, crecemos en nuestra aceptación de la Expiación y recordamos la Unidad indivisa de la Primera Causa y Su Efecto.

(IV.1:6-8) No obstante, para que la verdad pueda ser recibida, tiene primero que ofrecerse, del mismo modo en que Dios se la dio primero a

Su Hijo. El primero en el tiempo no significa nada, pero el Primero en la eternidad es Dios el Padre, Quien es a la vez Primero y Uno. Más allá del Primero no hay ningún otro, pues no hay una secuencia, ni segundo ni tercero, ni nada excepto el Primero.

Este es un pequeño apartado, para ver cómo Jesús disuelve el concepto

tradicional de la Trinidad: no hay Segundo o Tercero, sino solo Uno.

Nuestras mentes y cerebros dualistas creen que hay una Trinidad – Dios

Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo, y que cada Parte se distingue de la

Otra – pero en el Cielo no hay Dios, Cristo o Espíritu Santo, sino solo lo que Meister Eckhart llamó la Deidad, que está más allá de todos los conceptos de una Deidad separada y diferenciada. Jesús volverá a este tema

varios capítulos más adelante (T-25.I.5). La implicación para nosotros mientras pensamos que estamos aquí es que aprendamos a reflejar la perfecta unidad de Dios en nuestras relaciones, en las que no vemos los

intereses de los demás como separados de los nuestros, la Filiación de Dios

es una – en la verdad y en la ilusión.

(IV.2:1-3) Tú que perteneces a la Primera Causa, que fuiste creado por Él a Su Semejanza y como parte de Él, eres mucho más que simplemente inocente. El estado de inocencia es solo la condición en la que lo que nunca estuvo ahí ha sido eliminado de la mente perturbada que pensó que sí estaba ahí. Ese estado, y sólo ese estado, es lo que tienes que alcanzar, con Dios a tu lado.

Hablamos solo de mirar nuestras ilusiones de culpa y llevarlas a la verdad,

donde desaparecen. El Amor que es nuestra Primera Causa en la cual desaparecemos no es nuestro enfoque; nuestra preocupación, como el libro

de ejercicios dice, es "sólo dar la bienvenida a la verdad" (L-pII.14.3:7), expresada al perdonar nuestra culpa y viendo a nuestros hermanos con la

misma mente dividida que ambos tenemos. Por esta razón, el pasaje anterior

enfatisa el método de curación del Curso. No buscamos lo real, sino solo

descubrir nuestra inversión en lo falso. Recuerda la Introducción del texto:

"Este curso no pretende enseñar el significado del amor, pues eso está más allá de lo que se puede enseñar. Pretende, no obstante, despejar los obstáculos que impiden experimentar la presencia del amor, el cual es tu herencia natural" (T-in.1:6-7; cursiva omitida).

Despertamos al amor del Cielo quitando los bloques de culpa y especialismo que nos mantienen dormidos. Nosotros leemos cerca del final

del libro de ejercicios, en palabras que hablan del amor de nuestra Fuente:

Nuestro Amor nos espera conforme nos dirigimos a Él y, al mismo tiempo, marcha a nuestro lado mostrándonos el camino. No puede fracasar en nada. Él es el Fin que perseguimos, así como los Medios por los que llegamos a Él. (L-pII.302.2)

Apoyados por este Amor, recorreremos con alegría el camino de la culpa a la

inocencia, de la diferenciación a la igualdad, que conduce en última instancia a la Unidad de Amor que nos creó y que somos.

(IV.3:1-3) Cuando hayas permitido que todo lo que empaña a la verdad en tu santísima mente sea deshecho y, consecuentemente, te alces en gracia ante tu Padre, Él se dará a Sí Mismo a ti como siempre lo ha hecho. Darse a Sí Mismo es lo único que Él sabe, y así, todo conocimiento consiste en eso. Pues lo que Él desconoce no existe, y, por

consiguiente, no se puede dar.

Cuando hemos cumplido nuestra función de perdón, alcanzando así el estado de gracia – nuestro último paso antes de que Dios dé el Suyo – nuestro Padre "hace" Su parte al dar el Amor que ya nos ha dado cuando Él

nos creó. No se puede dar nada más porque nada que no sea de Dios existe.

Siguiendo la gentil orientación de Jesús, soltamos lo que nunca fue para

aceptar el conocimiento que siempre ha sido.

(IV.3:4-5) No pidas ser perdonado, pues eso ya se te concedió. Pide, más

bien, cómo aprender a perdonar y a restituir en tu mente inmisericorde

lo que siempre ha sido.

No necesitamos hacer nada más que aprender a perdonar: llevar la oscuridad de nuestras percepciones erróneas a la luz de la corrección del

Espíritu Santo, devolviendo a nuestra conciencia el amor que nunca nos

abandonó. Como realmente no hay nada que perdonar – no pasó nada que

nos separe de Dios o que fragmente Su Filiación – nuestra función es solo

recordar que las proyecciones de nuestros hermanos presumen que, de

hecho, algo sucedió: primero la culpa por nuestro pecado que eliminó el

amor de nuestra conciencia, y luego el pecado de otro que creemos que

eliminó el amor de nosotros mismos. Con las ilusiones de culpa y ataque

desaparecidas, no queda nada más que el Todo del Amor de Dios que la

nada del ego buscaba ocultar.

(IV.3:6-10) La Expiación se vuelve real y visible para los que la ponen en práctica. Ésa es tu única función en la tierra, y debes aprender que eso es lo único que te interesa aprender. Hasta que no lo aprendas te sentirás culpable, pues en última instancia y sea cual fuere la forma en que tu culpabilidad se manifieste, ésta procede de no llevar a cabo tu función en la Mente de Dios con toda tu mente. ¿Cómo ibas a poder escapar de esa culpabilidad si dejas de cumplir tu función aquí?

Cuando retenemos el perdón y vemos los intereses de los demás como algo

separado de los nuestros, inevitablemente nos sentimos culpables, y la locura del ego nos hace creer que podemos escapar de esta culpa mediante

la proyección. Sin embargo, Jesús quiere que hagamos eco de las palabras

del Rey Lear: “¡Ah, esto lleva a la locura! Que no caiga en ella” (III, iv). Escogiendo la cordura del perdón, con toda nuestra mente y con todos los

Hijos de Dios, tomamos la decisión de mentalidad-correcta entre ver y

juzgar, (T-20.V.4:7) que deshace la culpa que se originó con la decisión en

favor de la creación falsa en lugar de la creación, nuestra función en el Cielo.

(IV.4:5-9) Decide que Dios está en lo cierto con respecto a ti, y que eres

tú el que está equivocado. Él te creó de Sí Mismo, si bien, dentro de Sí Mismo. Él sabe lo que eres. Recuerda que no hay alternativa a Él. No puede haber nadie, por lo tanto, que no goce de Su Santidad, ni nadie que no merezca Su perfecto Amor.

Todo se reduce a una decisión. Necesitamos reconocer nuestra elección

equivocada por el ego, que se manifiesta en nuestra percepción de los demás como separados de nosotros. Damos realidad a las leyes del especialismo dentro de las cuales el mundo de las relaciones se divide en

categorías y jerarquías: aquellos a quienes amamos y aquellos a quienes

odiamos; aquellos a quienes amamos y odiamos más que a otros; aquellos a

quienes amamos y odiamos en algunas situaciones y en algunas veces.

Decidírnos por Dios, sin embargo, cura esta locura de fragmentación porque

ahora reflejamos Su perfecta Unidad al no ver a nadie como diferente a nosotros. Hemos aprendido que compartimos por igual la impiedad del ego

y la Santidad del Cielo: un Dios, un Hijo.

(IV.4:10) No dejes de llevar a cabo tu función de amar en un lugar falto de amor que fue engen-drado en las tinieblas y el engaño, pues así es como se deshacen las tinieblas y el engaño.

(V.3:4-5) La creación es la extensión natural de la perfecta pureza. Tu única misión aquí es dedi-carte plenamente, y de buena voluntad, a la negación de todas las manifestaciones de la culpabilidad.

El mundo es el "lugar falto de amor" de oscuridad y engaño, un lugar sin

luz ni honestidad. Nuestra función no es hacer cosas amorosas y útiles aquí,

sino traer al mundo el amor de la mente que lo libera a través del perdón: el

proceso de mirar con Jesús nuestra culpa y negar la realidad de los separadores efectos del juicio.

(V.3:6-7) Acusar es no entender. Los felices aprendices de la Expiación se convierten en los maestros de la inocencia, la cual es el derecho de todo lo que Dios creó.

Hemos visto anteriormente que la paz y el entendimiento van de la mano.

Cuando acusamos y juzgamos, esto da como resultado el que nunca podremos entender la unidad o estar en paz – la meta y el propósito subyacente para el ataque del ego. Pero cuando perdonamos, demostramos

la inocencia del Hijo de Dios que tanto enseñamos y aprendemos. Nos convertimos en el alumno feliz que es el requisito previo para nuestro regreso a la alegría de la creación.

(V.4:1-3) El Hijo de Dios tiene derecho a heredar el Reino, el cual se le dio en su creación. No trates de robárselo, pues estarás buscándote culpabilidad y no podrás sino experimentarla. Protege su pureza contra cada pensamiento que quisiera robársela y ocultarla de tus ojos.

Veremos cuando hablemos de las relaciones especiales en los movimientos

siguientes y posteriores de nuestra sinfonía, que siempre estamos tratando

de robar la inocencia de los demás dándoles nuestra culpa. Esto solo puede

reforzar las auto-percepciones del pecado porque estamos re-creando la

creencia ontológica de que robamos la inocencia del Cielo. ¿Qué puede

significar esto, sino que primero negamos nuestra herencia natural como el

inocente Hijo de Dios al creer que algo nos falta? Jesús, nos pide que protejamos la pureza del Hijo de Dios, la nuestra y la de nuestro hermano,

deshaciendo esta locura al invocar nuestra inocencia compartida en la oscuridad de la culpa mientras todos caminamos juntos hacia la luz de la

Expiación:

(V.4:4-5) Lleva la inocencia a la luz, en respuesta de la llamada de la Expiación. Nunca permitas que la pureza permanezca oculta, sino que, por el contrario, descorre con tu luz los pesados velos de culpabilidad

tras los cuales el Hijo de Dios se ha ocultado a sí mismo de sus propios ojos.

Decidiendo que Jesús debe ser nuestra lámpara en lugar del ego, hacemos

brillar la luz de Cristo sobre la culpa que habíamos hecho real en la separación. En la serena visión de su perdón, vemos más allá de los velos

de culpa y muerte a la radiante verdad que compartimos como el Hijo eterno e inocente de Dios. En la presencia de la pureza de esta visión, ¿quién sino el loco podría desear volver a elegir el juicio?

(V.5:1-2) Aquí todos estamos unidos en la Expiación, y no hay nada más en este mundo que pueda unirnos. Así es como desaparecerá el mundo de la separación, y como se restablecerá la plena comunicación entre Padre e Hijo.

Estamos unidos en la necesidad compartida de deshacer nuestra loca creencia en la realidad de la culpa, pero el ego quiere que nos unamos haciendo alianzas especiales contra otros. Tales "uniones" separadas, en lo

que será referido como un "pacto condicional" (T-29.I.3:9), excluyen la verdadera comunicación, la cual tiene sus raíces en la Unidad de Dios y Su creación.

(V.5:3-8) El milagro reconoce la inocencia que tiene que haberse negado

para que se haya producido la necesidad de curación. No niegues este jubiloso reconocimiento, pues toda esperanza de felicidad y de liberación de cualquier tipo de sufrimiento reside en él. ¿Hay alguien que no desee liberarse del dolor? Tal vez no haya aprendido todavía como intercambiar la culpabilidad por la inocencia, ni se haya dado cuenta de que sólo mediante este intercambio se puede liberar del dolor. Aun así, aquellos que no han aprendido necesitan que se les enseñe, no que se les ataque. Atacar a los que necesitan que se les enseñe es perder la oportunidad de poder aprender de ellos.

Jesús cambia de la metafísica a nuestra experiencia diaria, en la que aprendemos y enseñamos que el Hijo de Dios es inocente ya que reconocemos la naturaleza defensiva de todo lo que pensamos, sentimos y

hacemos. La única verdad dentro del sueño está en el recuerdo del inocente

Hijo de Dios, al cual ocultamos con defensas que se originan en el pecado y culpa. Luego caminamos por este mundo “solos, inseguros y presos del miedo” (T-31.VIII.7:1), a menudo expresado en ira y ataque. Sin embargo, habiendo decidido por Dios al elegir a Jesús como nuestro maestro, miramos a través de sus tiernos ojos la petición de amor de otro que se esconde detrás de las máscaras del miedo y el odio. El milagro de Jesús hace que se caigan los velos de nuestros ojos para que veamos la inocencia más allá de la culpa, el amor que brilla más allá de miedo. A través de esta visión, el milagro disuelve silenciosamente el ataque mientras el amor limpia todo el sufrimiento del único Hijo de Dios, dejando la paz y el gozo que son su herencia natural. De esta manera enseñamos a todos los demás, las lecciones del perdón para las cuales, nosotros y todos los Hijos de Dios nacimos para aprender.

(VIII.2:5-9) ¿Puedes acaso ofrecerle culpabilidad a Dios? No puedes, entonces, ofrecérsela a Su Hijo. Pues Ellos no están separados, y los regalos que se le hacen a Uno, se le hacen al Otro. No conoces a Dios porque desconoces esto. Y, sin embargo, conoces a Dios y también sabes esto.

Dado que Dios y Su Hijo son uno, el Hijo debe ser uno dentro de sí mismo.

Al no estar separados, el Hijo también está libre de pecado y libre de culpa.

Jesús nos pide que no neguemos la realidad atacando la unidad, la cual no

puede ser verdaderamente atacada. Debido a que el Hijo de Dios es culpable solo en los sueños, debemos recordar nuestro deseo de despertar

del sueño de la muerte del ego. Abrir los ojos es el objetivo que trae el perdón cuando el recuerdo de Dios y Su Amor por fin se vislumbran en nuestras mentes.

(VIII.2:10-16) Todo ello se encuentra a salvo dentro de ti, allí donde refulge el Espíritu Santo. Y Él no refulge donde hay división, sino en el lugar de encuentro donde Dios, unido a Su Hijo, le habla a Su Hijo a través de Él. La comunicación entre lo que no puede ser dividido no puede cesar. En ti y en el Espíritu Santo reside el santo lugar de encuentro del Padre y del Hijo, Quienes jamás han estado separados. Ahí no es posible ninguna clase de interferencia en la comunicación que Dios Mismo ha dispuesto tener con Su Hijo. El amor fluye constantemente entre Padre e Hijo sin interrupciones ni hiatos tal como Ambos disponen que sea. Y, por lo tanto, así es. El recuerdo de nuestra realidad como Cristo, el único Hijo del único Padre, es sostenida para nosotros por el Espíritu Santo en nuestras mentes correctas. Aprendemos a recordar el amor que nos une al ver su unidad en los aparentes fragmentos separados de la Filiación que se manifiestan en nuestras relaciones especiales. Retener nuestros resentimientos (odio especial) y dependencias (amor especial) es la indicación de que deseamos retener nuestra separación de nuestra Fuente, pero Jesús nos ayuda a darnos cuenta de que esto no es lo que realmente queremos. Anhelamos en lugar de eso, regresar al santo lugar de reunión donde nuestro ser se reencuentra con el Ser que nunca abandonamos. Para repetir este tema de suma importancia, la visión de Cristo de la igualdad del Hijo de Dios es el medio que usa Jesús para devolvernos a la unidad que nunca fue interrumpida, el amor que fluye incesantemente entre el Creador y lo creado.

(VIII.3) No dejes que tu mente vague por corredores sombríos, lejos del centro de la luz. Tú y tu hermano podéis elegir extraviaros, pero solo os podéis volver a unir a través del Guía que se os ha proporcionado. Él te conducirá sin duda alguna allí donde Dios y Su Hijo esperan tu reconocimiento de Ellos. Ellos están unidos en el propósito de darte el regalo de unidad ante el cual toda separación desaparece. Únete a lo

que eres. No puedes unirte a nada, excepto a la realidad. La gloria de Dios y de Su Hijo es ciertamente tuya. Ellos no tienen opuesto, y no hay nada más que puedas otorgarte a ti mismo. No podemos volver a casa siguiendo la guía del ego o del mundo, que se basa en el principio de uno u otro. Solo dejando que Jesús nos guíe por el camino de los intereses compartidos – juntos, o no en absoluto – podemos reunirnos con la Filiación, nuestro Ser y nuestra Fuente. Mientras recorremos el camino del perdón del Espíritu Santo, la luz de la verdad brilla cada vez más, y a su vez, la oscuridad de la separación retrocede. El viaje termina en la gloria resplandeciente de la Unidad del Amor Celestial, la Unidad de Unidades que canta eternamente su canto de gratitud por la gloria que nunca ha dejado de ser.

(IX.5:1-3) En este mundo puedes convertirte en un espejo imaculado, en el que la santidad de tu Creador se refleje desde ti hacia todo lo que te rodea. Puedes ser el reflejo del Cielo aquí. Pero el espejo que desee reflejar a Dios no puede albergar imágenes de otros dioses que lo empañen.

De nuevo vemos una referencia a los dos primeros mandamientos: no anteponer otros dioses al Dios verdadero. Nuestro objetivo no es estar en el

Cielo, sino reflejar su Unidad al no ver los intereses de nadie como separados de los nuestros propios, renunciando a los dioses de especialismo

del ego. Esto no se puede decir con suficiente frecuencia, ya que es el núcleo de Un Curso de Milagros. Todos compartimos la necesidad de despertar de los locos sueños de separación y odio del ego, y no conoceremos nuestra función Celestial de creación hasta que primero cumplamos nuestra función terrenal de perdonar a otros la culpa que les

impusimos. Aceptando nuestra función aquí, limpiamos nuestras mentes de

las "mota[s] de oscuridad" (T-31.VIII.12:5) que manchaban la faz de Cristo,

la que de otra manera brillaría sanando y bendiciendo al mundo.
(IX.5:4-7; 6:5) La tierra puede reflejar el Cielo o el infierno; a Dios o al ego. Lo único que necesitas hacer es mantener el espejo limpio y libre de toda imagen en la que se oculta la oscuridad que jamás hayas superpuesto sobre él. Dios brillará en él por Su cuenta. Sólo el claro reflejo de Dios puede ser percibido en dicho espejo. ... Limpia el espejo,

y no habrá nadie que no pueda entender el mensaje que refulge desde él para que todos los vean.

Nuestra única responsabilidad es dejar limpio el espejo, lo que significa limpiar nuestra mente de culpa. Este es no un curso sobre la forma o el comportamiento, sino sólo para sanar el contenido de culpa de la mente.

Una vez curada, la mente no puede sino hacer brillar la luz de la Expiación

a través de la Filiación, guiando amorosamente el cuerpo para servir al santo propósito del perdón de la mente correcta. Al negar la negación de la

verdad por parte del ego (T-12.II.1:5), ya no le damos poder sobre nuestra

paz, dejando espacio para que la verdad sea ella misma. Ahora libre para

irradiar la luz que disuelve la oscuridad del pecado, la verdad de la Expiación sana al Hijo de su loca idea de separación mientras despierta por

fin a Su Dios.

(IX.7) Si pudieses darte cuenta, aunque sólo fuese por un instante [el instante santo], del poder curativo que el reflejo de Dios que brilla en ti puede brindar a todo el mundo, apenas podrías esperar a limpiar el espejo de tu mente a fin de que pudieses recibir la imagen de santidad que sana al mundo. La imagen de santidad que refulge en tu mente no se encuentra oculta ni jamás podrá cambiar. Su significado le resulta evidente a todo aquel que la contempla, pues todos la perciben de la misma manera. Todos llevan sus diferentes problemas ante su luz sanadora y allí todos quedan resueltos.

Si realmente supiéramos la curación que conlleva deshacer la culpa, no

dudaríamos ni un instante. El problema es que todavía creemos que la felicidad se logra a expensas de otra persona, y por eso dudamos. Por lo

tanto, necesitamos un maestro que nos ayude a comprender que la felicidad nunca llega al sacrificar a otro, porque la santidad del Hijo de Dios es compartida por todos, sin excepción. Esta santidad inmutable está siempre presente, esperando ser aceptada por las mentes que han llevado la oscuridad de la culpa del ego a la claridad del perdón del Espíritu Santo. Al aceptar este milagro de curación para nosotros mismos, también lo aceptamos para todo el mundo. Todos con quienes nos encontramos o en los que pensamos comparten ahora nuestra perfecta paz (ver. T-14.XI.5:2), la cual les pide que tomen la misma decisión por la mentalidad-correcta que nosotros hemos tomado.

(IX.8:1-3) La respuesta de la santidad a cualquier forma de error es siempre la misma. No hay contradicción en lo que la santidad suscita. Sea cual fuere lo que se lleve ante ella su única respuesta es la curación.

Esto es lo que Un Curso de Milagros llamaría la igualdad de los milagros

(T-14.X), la unidad de nuestra visión que ve todo y a todos como iguales.

Por encima del campo de batalla, una astilla o el cáncer no hace ninguna diferencia, porque nuestra única respuesta siempre será el amor sanador de

Jesús. En otras palabras, llevamos la primera ley del caos del ego ("hay una

jerarquía de ilusiones" – T-23.II.2:3) al primer principio de los milagros ("No hay grados de dificultad en los milagros" – T-1.I.1:1). Esto permite que el contenido de mentalidad-correcta del perdón sane todas las experiencias de culpa en el mundo, al hacer que su única fuente en la mente

tomadora de decisiones sea deshecha.

(IX.8:4-7) Aquellos que han aprendido a ofrecer únicamente curación, están por fin listos para alcanzar el Cielo debido a la santidad que se refleja en ellos. En el Cielo la santidad no es un reflejo, sino la verdadera condición de lo que aquí no era más que un reflejo en ellos.

Dios no es una imagen, y Sus creaciones, en cuanto que parte de Él, lo contienen a Él dentro de ellas mismas. Ellas no reflejan simplemente la verdad, sino que son la verdad.

La santidad y el amor no son posibles aquí, pero podemos ser su reflejo cuando elegimos Expiación en lugar de separación. Debemos recordar, dada

nuestra identificación con el cuerpo, que la enseñanza de la verdad no es

posible, pero podemos aprender indirectamente a través de los reflejos de la

verdad en nuestras relaciones santas (o perdonadas). Reflejamos la santidad

demonstrando lo que hemos aprendido: que somos más felices y más dichosos cuando elegimos al Espíritu Santo como nuestro Maestro en lugar

del ego. Esta es la simple elección entre los milagros y el asesinato (T23.IV.9:8). Jesús nos pide que hagamos esta elección, la cual permite que la

verdad alboree como ella misma, como nuestro Ser.

(X.1) Cuando ninguna percepción se interponga entre Dios y Sus creaciones, entre Sus Hijos y las tuyas, el conocimiento de la creación no podrá sino continuar eternamente. Los reflejos que aceptas en el espejo de tu mente mientras estás en el tiempo o bien te acercan a la eternidad o bien te alejan de ella. Pero la eternidad en sí está más allá del tiempo. Salte del tiempo y con la ayuda del reflejo de la eternidad en ti, extiéndete y tócala. Y pasarás del tiempo a la santidad tan inevitablemente como el reflejo de la santidad exhorta a todos a dejar a

un lado la culpabilidad. Sé un reflejo de la paz del Cielo aquí y lleva este mundo al Cielo, pues el reflejo de la verdad atrae a todo el mundo a ésta, y a medida que todos entran en ella, dejan atrás todos los reflejos.

Mientras temamos la franqueza del amor eterno (conocimiento) del Cielo,

necesitamos una manera en que veamos el perdón indirectamente (percepción) para que nos refleje la unidad de la creación de una manera

menos amenazante. Dando estos pequeños pasos para llevar nuestros resentimientos al milagro de Jesús, permitimos que nuestro miedo y culpa

disminuyan hasta que ocurre un "salto cualitativo" (T-5.I.7:6) que resuena en toda la Filiación, llevándonos a todos desde el tiempo a la eternidad, de la culpa a la santidad y de los reflejos a la verdad: (X.2:1-3) En el Cielo la realidad no se refleja, sino que se comparte. Al compartir su reflejo aquí, su verdad se vuelve la única percepción que el Hijo de Dios acepta. De este modo aflora en él el recuerdo de su Padre, y a partir de ese momento nada más puede satisfacerle, excepto su propia realidad. Así como la verdad llega a nuestras mentes perdonadas, también lo hace el recuerdo de Dios. La realidad reemplaza a los lamentables sustitutos del especialismo que hasta ahora habíamos aceptado como nuestro ser, dando el paso desde la percepción al conocimiento, el cual suavemente nos da la bienvenida al Ser que está más allá de todos los reflejos. Antes de poner fin a este movimiento de nuestra sinfonía, veamos brevemente la verdad de la unidad. Esta se nos revela a través del perdón, luego de haber elegido ser el reflejo de la santidad y ya no más la impía sombra envuelta en culpa del ego: (VIII.4:9-5:2) En el santo lugar de encuentro el Padre y Sus creaciones están unidos, y junto con ellos lo están también todas las creaciones de Su Hijo. Hay un solo eslabón que los une a todos y los mantiene en la unidad desde la cual tiene lugar la creación. El eslabón a través del que el Padre se une a quienes Él da el poder de crear jamás puede ser destruido. El Cielo en sí es la unión de toda la creación consigo misma, y con su único Creador. El principio de Expiación con el que comenzamos – la separación nunca sucedió – refleja la eterna Unidad que es el lugar de encuentro del Creador y lo creado en Su vínculo indisoluble de amor. Solo en ese lugar de santidad, el más Santo de todos los Santos (Éxodo 26:33; C-ep.1:11), la

realidad puede encontrarse en la unidad de la creación que abraza a Dios, a Cristo y a las creaciones de Cristo.

(XI.11) El Hijo de Dios será por siempre indivisible. De la misma manera en que somos uno solo en Dios, así también aprendemos cuál uno solo con Él. El Maestro de Dios se asemeja tanto a Su Creador como el Hijo al Padre, y, a través de Su Maestro, Dios proclama Su Unicidad y la de Su Hijo. Escucha en silencio, y no le levantes la voz. Pues Él enseña el milagro de la unicidad, y ante Su lección la división desaparece. Enseña como Él aquí, y recordarás que siempre has creado

como tu Padre. El milagro de la creación nunca ha cesado, pues lleva impreso sobre sí el sello sagrado de la inmortalidad. Esto es lo que la Voluntad de Dios dispone para toda la creación, y toda la creación se une para disponer lo mismo.

Enseñamos como el Espíritu Santo al unirnos al círculo de la Expiación, lo

cual hacemos al no excluir a nadie de su gentil curación. Nos damos cuenta,

una vez más, de que los Hijos de Dios comparten la misma locura y la misma necesidad de despertar de sus sueños de muerte. Este compartir nos

une dentro de la ilusión, y cuando ya no vemos a nadie como separado o

diferente de nosotros, el recuerdo de nuestra Unidad como Cristo – el Hijo

de Dios como espíritu – regresa gozosamente a nuestra conciencia.

Observa con qué frecuencia aparecen las palabras unidad y uno (y palabras

relacionadas) en el párrafo anterior. Esto enfatiza la importancia del tema,

sin el cual la práctica del perdón sería algo sin sentido, siendo el reflejo de

la perfecta Unidad del Cielo. Nótese también la repetición de la frase toda

la creación en la oración final. Aprendemos a recordar nuestro estado natural de unidad al aprender a ver todas las partes aparentemente fragmentadas de la Filiación como la misma, sin que nadie ni nada quede

excluido de nuestra visión. Esta visión es imposible de lograr mientras

busquemos separar la oscuridad alejándola de la luz y continuar
viviendo en
el mundo de la separación y el especialismo plagado de culpa. Llevar
la
oscuridad de la impiedad a la luz de la santidad deshace la ilusión y
nuestro
viaje termina al despertar de la pesadilla de separación del ego a la
tranquila
alegría de la creación.

Cerramos este capítulo con la hermosa conclusión de "El círculo de la
Expiación", que destaca la necesidad de acoger a todos nuestros
hermanos,

sin excepción, en el círculo de la santidad – el santo lugar de paz
donde

habitamos juntos como el único Hijo de Dios:

(V.11) A todo aquel que ves, o bien lo ubicas dentro del santo círculo
de

la Expiación o bien lo dejas afuera, juzgándolo como que merece ser
crucificado o redimido. Si lo incluyes dentro del círculo de pureza,
descansarás allí con él. Si lo excluyes, te quedas afuera con él. No
juzgues, excepto desde una quietud que no emana de ti. Niégate a
aceptar que alguien pueda estar exento de la bendición de la Expiación
y condúcelo a ésta bendiciéndolo. La santidad tiene que ser
compartida, pues en ello radica todo lo que la hace santa. Ven
gustosamente al santo círculo y contempla en paz a todos los que
creen

estar excluidos. No excluyas a nadie del círculo porque en él se
encuentra lo que tu hermano y tú estáis buscando. Ven, unámonos a él
en el santo lugar de paz en el que nos corresponde estar a todos,
unidos

cual uno solo dentro de la Causa de la paz.

¿Quiénes sino “aquellos a quienes la culpabilidad ha enloquecido”

(T13.in.2:2) rechazarían esta súplica, cuando Jesús ofrece su regalo de
paz

para reemplazar el regalo de conflicto del ego? ¿Quién sino un
demente

elegiría el dolor de separación sobre el gozo de la Expiación? ¿No
pasaríamos entonces felizmente de la maldición de la crucifixión a la
gentil

bendición de la redención, la cual trae a todos nuestros hermanos con

nosotros? La llamada del ego a excluir sería suavemente respondida por el clarín del Espíritu Santo para que no quede nadie afuera. Felizmente por fin aceptamos Sus términos de la Expiación, y nos unimos a toda la Filiación en el santo lugar de paz, el círculo en constante expansión que es nuestro hogar hasta que incluso este se disuelve en un pensamiento final de perdón que marca el comienzo del Pensamiento de Dios que es nuestro hogar para siempre.

Del libro "Viaje a través del Texto de UCDM" por el Dr. Kenneth Wapnick.

Traducción al Español por Daniel Bezveselny

Grupo de estudio en Telegram

Viaje a través del Texto de Un Curso de Milagros por Kenneth Wapnick